







DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. É ILLMO. SR. DOCTOR

D. ELOY BEJARANO Y SÁNCHEZ

el día 17 de Junio de 1906.



MADRID

IMPRENTA DE A. ALVAREZ

Barco, núm. 20.

1906

DISCURSO

del Académico electo,

EXCMO. É ILLMO. SR. DOCTOR D. ELOY BEJARANO Y SÁNCHEZ



EXCMO. SR.:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si para todos los que son admitidos en esta prestigiosa Real Academia representa el acto de la recepción pública la fecha más memorable y solemne de su vida profesional, por lo que á mí respecta, os declaro noblemente, embargado el ánimo por emoción vivísima, que no cambiaría, señores académicos, el puesto que vengo á ocupar en estos momentos, gracias á la bondad de vuestras almas, por la jerarquía terrenal más encumbrada, ni por la posición social más brillante que pudiera ofrecérseme, si es que hay algo superior para un médico modesto y enamorado de su profesión que la gloria de pertenecer á la Corporación oficial más elevada y que alberga en su seno las personalidades más ilustres que en España cultivan las Ciencias médicas.

Por lo mismo que he recibido á manos llenas durante mi trabajada vida, honores, halagos, cargos y distinciones que seguramente no merezco, y para obtener los cuales no he dado, ciertamente, ruidosas pruebas, necesitaba yo para tranquilizar los escrúpulos de mi espíritu un veredicto de tribunal competente que disculpara en parte los favores que la ciega fortuna, ó tal vez la casualidad me han deparado; y esta Real Academia, al considerarme digno de convivir con sus preclaros miembros, me permite, implícitamente, interpretar sus votos en el sentido de que si la recompensa de mis hipotéticos servicios al Estado y á la sociedad fué desproporcionada con relación á mi obscura labor, no

ha habido en cambio, por mi parte, vicio de concupiscencia ni delito moral de malas artes, de cuyos pecados, tampoco, en verdad, me acusa la conciencia.

En asuntos médicos no hay testimonio más fidedigno ni más apreciado que el de los mismos compañeros, y vuestra solemne sanción, al elegirme, es para mí un timbre de gloria de inestimable valor.

¡Gracias, señores académicos, gracias mil por vuestra indulgencia, compañera inseparable de la sabiduría en todos los tiempos y lugares!

Con mayor premura debí acudir á ofrecer á la Academia el testimonio de mi gratitud y de mi respeto; pero como es prescripción reglamentaria ineludible venir precedido de un trabajo científico de investigación personal, y éste había de versar, precisamente, sobre un tema de Filosofía ó de Literatura médicas, puesto que á esta Sección vengo destinado, confieso ingenuamente que la dificultad de elegir un punto, de buscar, mejor dicho, un átomo en el campo infinito de la sabiduría médica de los pasados y los presentes tiempos, ha torturado de tal manera mi espíritu y ha producido en él tal incertidumbre que, á pesar de mi ardiente deseo de verme entre vosotros, he dejado transcurrir con exceso los plazos reglamentarios y otros que graciosamente me habéis concedido, por el temor natural de no hacer una acertada elección de tema.

Filosofía médica y Filosofía de la Medicina.

Para formar mi decisión y limitar el horizonte inmenso de mis investigaciones he necesitado establecer diferencia mental entre lo que se entiende por *Filosofía médica* y por *Filosofía de la Medicina*, considerando á la primera como sinónima de la Medicina entera, encargada de *exponer* en todo su desarrollo y en un orden metódico, las grandes expresiones didácticas que constituyen el conjunto completo de las instituciones médicas, en tanto que la *Filosofía de la Medicina*, prescindiendo de dogmatismos, *demuestra* la sabiduría de la Ciencia, *aplicando* aquellos datos generales, á la expresión particular de las verdades fundamentales contenidas en los métodos, principios, dogmas y reglas de la Medicina.

Aun con estas interpretaciones y distingos que me consienten prescindir de las altas categorías filosóficas y de las lucubraciones abstractas, para laborar en esferas más modestas y limitadas como lo son, á mi juicio, las de la Filosofía de la Medicina y las de la Medicina filosófica, que al establecer una separación radical entre la *Ciencia médica* y el *Arte médico*, ó sea entre los principios científicos y las reglas que constituyen y avaloran el ejercicio profesional, permiten circunscribir la disertación á una ú otra de estas dos ramas teórica y práctica; á pesar, repito, de los alientos que brindan á un espíritu cansado estas cómodas reducciones de un campo cuyos límites no se alcanzan, continúa embargándome el temor, porque, además de las asperezas del camino que forzosamente he de emprender, pienso, señores, en el relieve de la personalidad filosófica del académico á quien vengo á sustituir.

Ciencia mé-
dica y Arte mé-
dico.

No tuve el honor de tratar personalmente al Sr. D. Joaquín Quintana, mi predecesor en esta Real Academia. Recién establecido yo en Madrid, le conocí en el Ateneo allá por el año 1885, con motivo de una discusión que hizo época en aquel Centro Literario y Científico, por lo movida y fecunda, y en la que tomaron activa parte muchos de los señores académicos aquí congregados.

El Dr. Quin-
tana.

Se discutía una Memoria del Dr. Vera sobre *La Psicología como ciencia experimental*, y el ilustre, cuanto malogrado filósofo González Serrano, rectificando algunos conceptos expuestos en otras sesiones por el Sr. Quintana, hizo alusión cariñosa á la valentía que éste había demostrado en su discurso y que no guardaba aparente relación con la edad y condiciones orgánicas del señor Quintana.

Entonces se irguió de repente la austera figura de un venerable viejo que, en actitud meditativa, con el codo apoyado en una mano y sosteniendo la barba con la otra, ocupaba, impasible como una estatua, un asiento de mi propio escaño, y con grande admiración del numeroso auditorio que llenaba el amplio salón del Ateneo, y empleando una energía, una entonación y una voz que no parecían salir de aquel cuerpo encorvado y caduco y que contrastaban también con la demacración y la palidez marmórea

de su semblante, al que daban más extraño aspecto las gafas negras con que defendía sus enfermos ojos, lanzó tremenda catilinaria contra González Serrano, indignado de que éste aludiera á su vejez y achaques que, á su juicio, nunca deben echarse en cara; haciendo seguidamente, á guisa de represalia, comparaciones intencionadas y pintorescas acerca de las ideas filosóficas que profesaba el ilustre catedrático extremeño. El Ateneo aplaudió afectuosamente al Sr. Quintana; González Serrano demostró con gran ingenuidad que lejos de querer lastimar en lo más mínimo al eximio médico, había creído, por el contrario, ensalzarle, y el Sr. Quintana, satisfecho con estas explicaciones, pronunció á continuación un hermoso discurso sobre el tema que se discutía, manifestándose pensador profundo y dialéctico de primer orden.

Cinco años más tarde, en Febrero de 1889, discutiéndose en el mismo Ateneo una Memoria del Dr. Salillas, sobre *La Antropología en el Derecho Penal*, y encontrándose ya el Sr. Quintana completamente ciego, según manifestó al comenzar á hablar, pronunció un razonado y enérgico discurso, publicado algunos meses después, en el cual, sin eufemismos ni adornos retóricos, rompió lanzas contra la nueva ciencia criminal positiva, tachándola de materialista y de atea; comparó á los antropólogos que pretenden adivinar la complejión criminal del hombre por la forma y estructura de los órganos y por el estudio de las funciones de éstos, con los augures que por el examen de las rayas de la mano anuncian el porvenir y hacen el horóscopo en calles y plazuelas sin lograr más auditorio que niños y mujeres; si bien reconoció noblemente el mérito de los trabajos y la paciencia de la nueva escuela condensados en bibliotecas y museos. Abogó por la constitución de un cuerpo de peritos encargado de ilustrar á los tribunales en el discernimiento de la responsabilidad ó irresponsabilidad criminal á condición de que éstos procediesen de la clase médica, habiendo recibido durante los años del doctorado la enseñanza de uno ó más cursos de Psicología superior, por entender que, á su juicio, era preferible el error más ó menos casual del buen sentido médico, al error sistematizado de la frenopatía, in-

capacitada, según él, por sus principios materialistas, para concebir y apreciar la criminalidad y la inocencia humanas; tronó contra el establecimiento de proyectados manicomios judiciales, admitiendo, en todo caso, la creación de asilos exclusivamente destinados á los locos peligrosos y á los criminales que pierden la razón durante el proceso, y que sirvieran á la vez de observatorios donde se sometiese á estudio á los procesados cuyo estado mental ofreciese sospechas, pero á condición siempre de que fuesen dirigidos por médicos psicólogos de probada competencia, los cuales, á su vez, «barrerían —éestas son sus palabras— del campo de la ciencia de la enajenación mental esa multitud de fantasmas científicos de que lo ha poblado á su antojo la frenopatía, esparciendo á granel tipos de criminalidad impulsiva que, por lo primorosos y bien contorneados que salen de sus manos, parecen hechos á máquina.»

Cuando yo escuché este discurso de cuya exposición varonil y enérgica no pueden dar ni remota idea las anteriores líneas, pensaba instintivamente, sin examinar para nada el fondo del asunto, y sin sospechar, claro está, que andando el tiempo había yo de verme obligado á trazar su silueta científica, en lo que habría sido en sus mocedades aquel anciano ciego y abocado á la decrepitud, que, aun retirado muchos años hacía del ejercicio de la profesión, y poseedor además de una fortuna casi fabulosa, conservaba todavía entusiasmos científicos y ardores juveniles, cual los que había revelado en aquella y en otras discusiones.

He podido adquirir pocos datos sobre la vida y los trabajos científicos del Sr. Quintana, pues no se ha hecho aún la acostumbrada necrología que la Academia dedica piadosamente á sus difuntos miembros; constándome solamente que murió en 1903 á la avanzada edad de ochenta y cinco años; que ejerció durante varios años la profesión con gran éxito en El Carpio (Córdoba), desde donde se trasladó á Madrid, desempeñando en la Corte el cargo de Visitador general de los Hospitales y el de individuo de número de esta Real Academia.

Antes de su ingreso en esta Corporación, que se verificó el

año 1864, presentó en ella y fué discutida ampliamente una Memoria sobre la *Pasión y la locura*, de la cual hizo grandes elogios el Dr. Nieto y Serrano, su compañero, maestro y amigo.

Su discurso de recepción versó sobre *Las causas próximas de las enfermedades*, asunto siempre de la mayor importancia, lo mismo en los pasados que en los presentes tiempos, pero que en aquella época era extraordinariamente debatido por reflejar, más vivamente que ningún otro, la historia filosófica del pensamiento médico; y en verdad que la gallardía con que el tema está desenvuelto revela bien á las claras el profundo conocimiento que tenía el Sr. Quintana de todos los extravíos ontológicos que en las diversas edades, teorías y sistemas de la Medicina, han pretendido explicar las causas de las enfermedades; ontologismos quiméricos contra los que arremetió sin piedad el difunto académico, fustigando valientemente á todas las escuelas que consideraba heterodoxas, si bien reconociendo que en los pasados errores no es toda la culpa de la Medicina ni de los médicos, puesto que éstos han procedido, no por movimiento propio, sino inspirados por una filosofía errónea. Los médicos han sido consecuentes con la filosofía que han aprendido en su tiempo, y bien claramente lo revela la historia de nuestro arte; y si fuéramos á examinar el desenvolvimiento cronológico de las demás Ciencias encontraríamos en cada época, lo mismo en la Sociología que en la Economía política que en las Ciencias físicas y hasta en las matemáticas, profundamente marcadas las huellas del ontologismo que en la Medicina combatió con tanta suerte el Sr. Quintana.

Este discurso de recepción de mi ilustre predecesor, principal documento que poseo para juzgar de su mérito, á la vez que le revela como filósofo serio, de la escuela de Renouvier, le acredita de médico práctico, sensato y prudente. Es tal la rigidez de sus principios filosóficos que sin privarle de reconocer y afirmar cosa alguna de las que figuran legitimamente en el campo de la realidad, le prohíbe, sin embargo, entrar en terreno que desconoce, lo cual le obligaría á aventurarse á andar en medio de las tinieblas.

Lo más notable del trabajo, aparte de la claridad y elegancia

con que está escrito, es la lógica que resplandece en sus razonamientos, lógica de buena cepa, lógica médica, de pocas reglas y muchas excepciones, más intrincada y dificultosa que la de otras Ciencias, porque siendo muy complejos todos los fenómenos relacionados con la vida, no pueden explicarse con la sencillez de un simple hecho físico ó químico.

Tal vez haya dado más extensión de la acostumbrada á esta parte de mi discurso, pero el respeto que debo á la memoria del predecesor difunto y la consideración que puede mucho en mi ánimo, como hijo y nieto que soy de médico, de que serán muy pocos, por desgracia, los representantes que queden en España, y fuera de ella, de aquellos integros varones, filósofos, á la vez que creyentes, que nunca concibieron esta vida sin otra ni á la Naturaleza sin Dios, lo menos que podemos hacerles es un funeral académico digno de sus virtudes y de sus méritos, lamentando que desaparezca y se extinga una generación á la que tanto debe la Ciencia patria, puesto que sin medios de experimentación, de comprobación ni de estudio, y atendidos solamente nuestros predecesores á la rigidez de sus estudios filosóficos, á la educación de sus sentidos corporales y á las soberanas intuiciones de su poderosa inteligencia, lograron colocar la Ciencia española á considerable y prestigiosa altura.

Los médicos
filósofos.

Y aquí surge natural y espontáneo un cariñoso recuerdo al patriarca español de la filosofía médica; al jefe indiscutible de estos médicos filósofos, cuya desaparición lamentamos; á la gran figura del Dr. Nieto y Serrano, que fué ilustre Marqués de Guadalerzas en los últimos años de su prolongada y gloriosa vida. El Dr. D. Matías Nieto y Serrano, contemporáneo y amigo íntimo del Sr. Quintana, fué el encargado de contestar al recipiendario en nombre de la Academia, y su discurso, verdadera filigrana literaria y filosófica, es seguramente una de las más bellas producciones entre las infinitas que dió á luz el equilibrado y vigoroso cerebro del anteúltimo Presidente de esta Real Academia.

El Dr. Nieto y
Serrano.

El notable discurso de contestación del Dr. Nieto y Serrano terminaba con estos elocuentes párrafos:

«Hoy tenemos todos hambre y sed de espíritu, no porque falte en nuestros tiempos sino porque se ha realizado con exceso, transformándose en materia. El asombroso consumo de la idea exige una inmensa producción. Hagámosla, pues; no para mantenerla flotante y abstraída, mas tampoco para dejarla caer desde luego en la sima del positivismo. Mantengamos viva esa luz para ver siquiera los cuadros que trazan sus rayos proyectados en la sombra.

Tal comprendo que es el objeto de la Sección de Filosofía médica de esta Academia y por eso me he permitido señalarle con el dedo á vuestras penetrantes miradas á propósito de una de las cuestiones más graves que pueden agitarse en la Ciencia, cual es el de las causas de las enfermedades tan profundamente estudiadas por el nuevo Académico Sr. Quintana».

Esto que consignaba el Dr. Nieto y Serrano el año 1864 tiene hoy idéntica oportunidad, pues si bien en la causas de las enfermedades y sobre todo en la profilaxia individual y social se ha dado un gran paso con los descubrimientos microbiológicos, quedan todavía muchos puntos oscuros en la etiología de multitud de dolencias, y sigue habiendo hambre y sed de espíritu, porque el que flota en la atmósfera en que vivimos, no es nada propio para la alimentación y el sosiego de las almas.

Como el difunto Marqués de Guadalerzas, creemos también que la Sección de Filosofía médica de esta Academia debe tener por principal objeto el de procurar una gran producción de ideas, y para que esta producción sea práctica y fecunda debe, á nuestro juicio, ajustarse al cumplimiento exacto de lo que disponen los estatutos de esta Real Academia entre cuyas cláusulas hay una que nos encarga «Examinar las doctrinas y las novedades de importancia que vayan presentándose en el campo de la Ciencia, á fin de discernir lo verdadero de lo falso y de dar al ejercicio de las profesiones médicas la dirección que el bien público reclama».

Decadencia
de los estudios
médico-filosó-
ficos.

Es un hecho innegable que los estudios filosóficos sobre la Medicina se miran hoy con un desdén inmerecido; arrastrados por el empirismo de nuestros estudios prescindimos de la filosofía,

como si en las Ciencias de hechos no fuese necesario filosofar para encontrar en el fondo de los mismos las ideas que lo explican; hemos olvidado que la filosofía es nuestra madre y que Hipócrates comparaba con los dioses á los médicos, por lo que éstos tienen de filósofos. (*Medicus enim philosophus est Deo æqualis*), resultando de estos desvíos de la humana inteligencia que el médico, por descender demasiado al terreno de los hechos, no logra *idealizar la realidad*, como el filósofo no logra tampoco *realizar la idea* por remontarse excesivamente en la región de los principios. «El filósofo sin biología no es bastante práctico; el médico sin filosofía no es bastante teórico»; así nos lo dejó dicho el eximio doctor Nieto Serrano.

Al inaugurar hace dos años unas memorables conferencias que distinguidos miembros de esta Real Academia dieron en la de Jurisprudencia, terminó el Dr. Cortezo su genial discurso diciendo á los Jurisconsultos: — ¡Huid de la metafísica! — Y tenía mucho fundamento su consejo porque los letrados, en general, necesitan efectivamente *realizar la idea*, descender al terreno de los hechos desde las regiones elevadas de los principios. Si con sus indiscutibles prestigios y con su elocuente y persuasiva palabra quisiera mi egregio padrino aconsejar á los médicos que lejos de huir de ella, se aproximaran cuanto sea dable á la metafísica, á la lógica y á la ética, haría un gran beneficio á nuestra Ciencia, un tanto divorciada hoy de la Filosofía, de la cual no sólo sacamos el fundamento racional de nuestros juicios médicos, sino que por su bienhechor influjo, aproximándonos á Dios, adquirimos abnegación y fortaleza para sobrellevar con paciencia las grandes amarguras del ejercicio profesional.

Es preciso, en una palabra, espiritualizar un tanto la Medicina no considerando en ella, como última razón, el microbio, el reactivo ni el escalpelo. La Medicina exige para ser ejercida con feliz éxito tantos esfuerzos de raciocinio como conocimientos teóricos y prácticos: toda observación y toda experimentación serían estériles si los hechos no fuesen interpretados y generalizados por un espíritu justo, penetrante y activo, surgiendo de aquí la necesidad

de que el médico no prescindiera nunca del fundamento hipocrático de la unidad individual de hombre del que nace una escuela genuinamente clínica, integral, unitaria, labrada sobre el inseparable concepto físico-moral del ser humano y del medio en que éste habita; y de cuyo lamentable olvido han surgido todos los errores y todos los tropiezos que sirven y servirán todavía de rémora para que la Medicina alcance el lugar supremo que le corresponde entre todas las profesiones sociales.

Tema de este discurso.

Y hecha ya, con estos conceptos, mi profesión de fe médico-filosófica voy á intentar el estudio de un tema que á mi juicio entraña grandes problemas filosóficos, sociológicos y morales, cuales: *El ejercicio profesional de la Medicina en nuestros días.*

*
* *

Hace sesenta años, el Conde de Salvandy, Ministro de Instrucción pública y gran admirador de la clase médica, hizo esta honrosa manifestación al declarar terminadas las sesiones del memorable primer Congreso de Medicina de Francia, celebrado en París en 1845: «El Cuerpo Médico, por sus condiciones de estudio, por sus luces y servicios, y lo que vale más aún, por su abnegación siempre caritativa y frecuentemente heroica, es una parte esencial y respetable de la sociedad... Su constitución, por lo tanto, importa en alto grado á los más caros y elevados intereses del Estado».

Cincuenta y cinco años más tarde, en 1900, se celebró en París el primer Congreso internacional de Medicina profesional y de Deontología médica, y los numerosos representantes de potencias extranjeras que á él acudieron, demostraron, con irrefutables argumentos, que lejos de haberse constituido el Cuerpo Médico, al cabo de tantos años, en sus respectivos países, eran mayor cada día el malestar y la crisis por que atravesaba la sufrida clase médica; imponiéndose la necesidad de acuerdos de carácter general que pusieran remedio á este estado de cosas como lo ha-

bían logrado, con actos semejantes, otras profesiones sociales más afortunadas pero no más laboriosas que la de los médicos.

España no estuvo oficialmente representada en este gran Certamen, pero pocas naciones podrán quejarse con tanta justicia como la nuestra. No nos quejamos, por la indolencia propia de nuestro carácter nacional; porque tenemos la desdicha de carecer de espíritu de clase: somos excelentes como individuos, temibles como colectividad, consiguiendo solamente apasionarnos con cuestiones que tengan una fase personal, y con esas cuestiones bizantinas logramos destruir, ó agrietar al menos, lo poco que tenemos construído, dejando, en cambio, en el más sensible abandono todo aquello que puede ser útil, práctico y beneficioso para todos, y que tal vez tuviese arreglo si nos propusiéramos buscarlo seriamente.

El ejercicio profesional de la Medicina en España ofrece hoy día dificultades de todo género, tal vez mayores que las que existen en otros países; y de este asunto, vital para nuestra clase, apenas hablamos ni escribimos nada, resultando los médicos verdadera excepción, al lado de las demás clases sociales, que se preocupan hondamente de su situación y ventilan debidamente el mejoramiento de las cuestiones profesionales.

La crisis médica ofrece aquí, como en todas partes, tres aspectos distintos: el científico, el social y el económico, y en este mismo orden vamos á examinar los problemas.



I

Desde que Hipócrates, con su genio inmortal, arrancó á la Medicina del caos á que la condujera una filosofía absurda y una taumaturgia mística incomprensible, asentándola en el ancho pedestal de la razón y de la experiencia y haciéndola independiente, ilustrada y científica, no había presenciado la humanidad una revolución pacífica, tan admirable y fecunda como la que Brouardel llama con mucha propiedad *gran Epopeya pasteuriana*, que, empezando por la historia de las fermentaciones y por los trabajos de Pasteur sobre los microbios y las bacterias, Dios solo sabe cómo y cuándo concluirá. Los ensayos de las teorías de Pasteur al estudio de las enfermedades del gusano de seda, que mataban la riqueza de una comarca serícola, trajeron como bienhechoras consecuencias: el cultivo de los gérmenes patógenos, nuevas leyes del contagio de las enfermedades, la inoculación preventiva de los animales sanos, el aislamiento de los enfermos y la desinfección, procedimientos aplicados inmediatamente después á la especie humana con resultados tan felices, para la profilaxia, como los que había dado su empleo en la falena del moral que produce la seda.

CRISIS CIENTÍ-
FICA DE LA ME-
DICINA.

La obra de Pasteur hay que considerarla bajo distintos aspectos; aplicada á la Cirugía permite hoy intentar las más difíciles operaciones sin temor de complicación séptica, antes frecuentísima; aplicada á la Higiene ha probado la existencia de varias enfermedades transmisibles que dejan de serlo y se transforman en evitables, mediante precauciones determinadas, perteneciendo

La revolución
pasteuriana.

á esta categoría dolencias exóticas é indígenas, todas temibles desde el punto de vista del contagio, y que á partir del primer momento de su empleo dieron pruebas de sumisión á las prácticas pasteurianas, cambiándose, como consecuencia de estas doctrinas, de una manera beneficiosa para los intereses de todos, los procedimientos de defensa pública é individual contra las epidemias y los contagios; y aplicada, por último, á la Patología y á la Terapéutica, ha producido resultados variables, no tan satisfactorios ciertamente, por causas que después examinaremos.

La Higiene social.

De todos estos beneficios logrados por los descubrimientos de Pasteur, es el más interesante, sin duda, el que se refiere á la profilaxia individual y colectiva de las enfermedades transmisibles por la participación que ha dado á la sociedad entera en la defensa contra las dolencias infecciosas, creando una nueva rama de la Higiene, la *Higiene social*, que está produciendo ya fecundos resultados en la salud pública, aminorando las cifras enormes de mortalidad que empobrecen á las naciones y singularmente á la nuestra.

Concepto sanitario de la caridad.

Antiguamente, las gentes piadosas, el cuerpo social y los Poderes públicos, conmovidos ante la miseria, el abandono y las enfermedades de los pobres, prodigaban la limosna y fundaban hospitales, asilos y otros establecimientos de beneficencia, guiados exclusivamente por la idea de la caridad, viendo, tan sólo, en cada enfermo, un desvalido que sufre y cuya desgracia necesita protección y remedio. Las nuevas doctrinas científicas, sin apagar, ni mucho menos, el fuego sagrado de la conmiseración, pretenden que se vea en cada enfermo un ser peligroso para sí mismo, para la familia y para sus convecinos, creador de millares de gérmenes de dolencias que se difundirán á su alrededor si no se evita el contagio por medio de la declaración obligatoria de la enfermedad, del posible aislamiento, de la desinfección y de otros recursos, que sirven, á la vez, de elementos de curación á los pacientes.

La colectividad tiene derecho perfecto para impedir que se dañe y perturbe su salud; pero tiene á la vez altos deberes que

cumplir con los enfermos necesitados; porque como los individuos, y sobre todo los individuos pobres, tienen una esfera de acción muy limitada; como ignoran el carácter transmisible de muchas dolencias y no conocen el mecanismo de propagación que surgen, á menudo, de los inconvenientes de la misma vida social, precisan acudir á la sociedad colectiva en busca de enseñanzas, de consejos y de recursos para la defensa común; y entonces, la cooperación, ya consciente, de la colectividad, transforma la *caridad* en *deber social*, y da el indispensable carácter solidario á la lucha contra las enfermedades evitables; lucha que se traduce en asociaciones, en ligas, en dispensarios, en sanatorios y en otros institutos igualmente útiles, inspirados, no solamente en ideas de caridad, sino más bien constituidos por una amalgama de temor, de piedad y de egoísmo que resulta muy beneficiosa para los fines sanitarios.

Duclaux compara á las enfermedades infecciosas con un fabricante accidental y momentáneo de productos peligrosos, ó con el empresario de una industria insalubre: si ya no es tiempo de evitar que construya y fabrique, es indispensable, cuando menos, impedirle que despache sus nocivos productos; y de esta manera comprendida la Higiene, no está limitada á la prevención del mal sino que penetra también por derecho propio en la Terapéutica, en la Patología y ojalá reemplace algún día á la Medicina entera como es el desiderátum de la Ciencia. Ese día, por desdicha, está aún muy lejano; las aplicaciones de los descubrimientos pasteurianos á la Patología y á la Terapéutica han dado hasta ahora resultados menos fecundos que las hermosas consecuencias que de ellos han sacado la Higiene pública y la privada.

Desde este aspecto etiológico y curativo de las enfermedades, la marcha es y debe ser más lenta y meditada, pues de las irreflexiones y generalizaciones con que fué recibida en sus comienzos la doctrina microbiana, seductora por su sencillez y por la unidad etiológica que establecía, ha surgido una enorme perturbación clínica, más bien perjudicial que beneficiosa para los fines curativos que la Medicina persigue, y que es una de las principales

La nueva
ciencia.

causas de la crisis científica por que nuestra Ciencia atraviesa. «¡Nada más interesante, ni más temible tampoco, que el movimiento médico actual!» dijo el gran Peter aludiendo á la revolución provocada por los admirables descubrimientos de Pasteur. Y no se equivocó el ilustre clínico del Hospital de la Piedad, porque temibles son en verdad el resultado y las consecuencias deducidos por espíritus irreflexivos y ligeros, con motivo del descubrimiento de los microbios como agentes vivos de las enfermedades.

«La Medicina secular ha muerto, proclamaron esos espíritus á que aludimos; ha muerto á manos de la Medicina experimental que enseña á desconfiar de la eficacia de la observación, de la seguridad de nuestros sentidos y de la investigación especulativa, dando únicamente valor al experimento; la enfermedad provocada experimentalmente en el animal reemplaza y explica las dolencias humanas entre las cuales no hay ninguna espontánea; el laboratorio reemplaza al hospital; lo que en el laboratorio no resulte comprobado no existe en el enfermo, la Terapéutica es una sencilla cuestión de pesadas; á tal dosis tóxica para un conejo ó una rana de tanto peso, corresponde tal dosis de medicamento para cada kilogramo humano; la etiología queda reducida al microbio, causa extrínseca de toda enfermedad; las llamadas causas predisponentes, ocasionales, próximas, remotas, etc., como el frío, el calor, el clima, la edad, etc., son simples accidentes comparados con los microbios...»

¡Ojalá fueran verdad tanta sencillez y belleza tanta! La Medicina no tendrá jamás este carácter matemático. Admitiendo por un momento que todas estas maravillas se hubiesen realizado, siempre sería preciso defenderse contra los microorganismos, impidiendo que nos invadieran ó destruyéndolos si nos hubieran invadido.

Para lo primero, si no existe la inmunidad natural, no hay más defensa que la antiseptia médica, la limpieza, recomendada en todos los tiempos y por todos los sistemas, y para lo segundo se han inventado las medicaciones microbicidas. Pero como los

microbios resisten temperaturas y presiones incompatibles con la vida humana y los venenos que los aniquilan destruyen antes los órganos que han invadido, resulta de aquí que estaríamos completamente desarmados contra los microbios si no hubiera dentro del propio organismo una fuerza capaz de destruirlos.

Para llenar este vacío surgió la doctrina fagocitaria: la fagocitosis consiste en la destrucción de los microorganismos por la célula viviente, pero con la condición indispensable y precisa de que esta célula sea vigorosa y resistente, pues si es endeble ó mal nutrida no ejercerá acción destructora sobre el germen; y como la resistencia de la célula da la medida de la resistencia total del organismo contra la enfermedad, se curará ésta si hay vigor en el enfermo para que se realice la microfagia, y sucumbirá á su dolencia si el caudal de las fuerzas se agota. Con lo cual volvemos en definitiva por tortuosos caminos á lo que sabemos y practicamos de antiguo mucho antes de conocerse el panspermismo, esto es: hace falta acudir á la fortificación del organismo entero para que la célula se defienda, que es lo mismo que estableció Hipócrates como fundamento indestructible de su escuela integral y unitaria; que es lo mismo que nos dejó escrito el inmortal Trousseau, el precursor de la doctrina microbiana, que al adivinar con su perspicaz ojo clínico la existencia de gérmenes como causa de las enfermedades llamadas específicas, porque presentan caracteres propios, diferentes en cada una de ellas, lo que permite establecer especies nosológicas con igual fundamento que los naturalistas establecen especies botánicas ó zoológicas, bien claramente deslindó la importancia respectiva del germen ó semilla y la del terreno ó economía viviente; y de Trousseau aprendimos hace muchos años á conceder en esta cuestión clínica un papel preponderante al terreno; á este terreno que hace que cada uno de nosotros individualice la enfermedad á su manera; á este terreno que recibimos por herencia ó que nosotros modificamos en el transcurso de nuestra vida; á este terreno que según los estados de inmunidad, de receptividad ó de oportunidad morbosa puede aniquilar, favorecer ó modificar al infinito el desenvolvimiento de los gérmenes. Las

El fagocitismo.

ideas microbiológicas actuales concuerdan, pues, en muchos puntos, con las sanas doctrinas de Trousseau, y concordarían en todo á no ser por las naturales exageraciones de los sistemas nuevos.

Si la doctrina fagocitaria subsiste en medio de la inestabilidad y corta vida que caracterizan á las hipótesis bacteriológicas, es, cabalmente, por lo que tiene de hipocrática y de racional; si no existiera la fagocitosis, habría que inventarla para tranquilidad de los espíritus.

El propio Behring, en su ruidosa comunicación al último Congreso antituberculoso de París, que tiene hoy en espectación al mundo entero, admite también el fagocitismo: podrá inclinarse más ó menos á la doctrina humoral que fía la inmunidad á los anticuerpos específicos disueltos en el suero de la sangre, ó se inclinará definitivamente á la doctrina solidista, que confiere á la célula el poder defensivo del organismo; pero en el fondo de la doctrina de Behring sobre la inmunidad natural y la provocada, siempre se destaca el dinamismo celular que será tanto más perfecto cuanta mayor integridad y energía exista en los elementos anatómicos, en los que reside, incuestionablemente, la función defensiva del organismo humano contra las causas nocivas que persiguen su destrucción.

La tubercu-
losis.

Si de esta doctrina general descendemos á los casos particulares se comprobará el mismo resultado, pues la tuberculosis, por ejemplo, enfermedad microbiana por excelencia, se curará ó será bien soportada mientras los tuberculosos se nutran y su resistencia orgánica no amengüe; y marchará rápidamente á una terminación fatal si, faltando el estómago, la depauperación prepondera. Total: que respecto al problema terapéutico de la tuberculosis estamos exactamente á la altura de hace cuarenta años; hay que atender al terreno ya que no podemos destruir la semilla; y si ni temiéramos pecar de indiscretos añadiríamos que en lo que se refiere á profilaxia no hemos ganado gran cosa tampoco, prácticamente, á pesar de tantas y tan bien intencionadas campañas: este asunto interesantísimo tiene más de económico que de científico. Los médicos y los higienistas han dicho ya su última pala-

bra: lo que ahora hace falta es dinero y voluntad para que se ejecuten nuestras desinteresadas prescripciones.

Examinemos otra enfermedad vulgar, el paludismo: no procede ya de un efluvio pantanoso, ni de un esquizomiceto, ni de la palmela de Salisbury, ni tal vez del hematozoario de Laverán; procede de los anofeles, mosquitos especiales que con su picadura llevan al organismo el germen vivo de la fiebre intermitente: sea; pero el tratamiento no cambia; la quinina subsiste contra la infección y contra el acceso febril como único remedio y como antídoto.

El paludismo

La pulmonía es engendrada por el pneumococo, microbio capsulado que reside inofensivamente en nuestra boca durante mucho tiempo, pero que en circunstancias determinadas produce en el pulmón desastrosos efectos, engendrando desde la pulmonía vulgar limitada y curable á las bronconeumonías mortales; mas como no podemos actuar sobre el pneumococo, actuamos sobre el organismo, teniendo en cuenta solamente las condiciones del pulmoníaco y aplicándole diferente tratamiento, según se trate de niños, jóvenes, viejos, sifilíticos, alcoholizados, etc., no olvidando nunca el carácter particular que en cada caso reviste la dolencia, es decir: hacemos lo que hemos hecho siempre, prescindiendo desde el punto de vista de tratamientos, del origen microbiano de la dolencia.

La pulmonía.

¿Es esto desconocer la importancia del descubrimiento del origen causal de estas diversas enfermedades, algunas de las cuales ignorábamos cómo se engendraban? No, en modo alguno. Este descubrimiento, repetimos, sobre satisfacer á nuestro espíritu ávido siempre de conocer las causas de las dolencias humanas, nos ha proporcionado recursos eficacísimos para la profilaxia de estas dolencias y nos ha sugerido excelentes sistemas de defensa contra ellas; pero en punto á terapéutica, excepción hecha de la seroterapia especial para cada infección, todavía en estado embrionario, nada ha cambiado el tratamiento circunstancial y casuístico que cada enfermedad exige.

Esto es lo que queremos dejar bien sentado, porque son mu-

chos los que opinan, como decimos al principio, que todo ha cambiado en Medicina, y de la mala interpretación de los progresos científicos han nacido criterios y sistemas que confirman el calificativo de temible con que Peter señaló en sus albores al movimiento médico actual.

La Medicina tradicional.

Estos temores no existen ni deben existir por lo que respecta á los viejos clínicos acostumbrados ya á juzgar serenamente las innovaciones científicas, y que aceptando de buen grado todas las doctrinas razonables, no conciben más clínica que la del ser humano todo entero, comprendiendo también en su estudio el medio en que éste vive, y no olvidan nunca que los excesos de trabajo, los desengaños de la vida y las penas inextinguibles aniquilan el cerebro, destrozan el corazón, agujerean los pulmones, inutilizan el estómago y atrofian el hígado, con ó sin la complicidad de los microbios; estos verdaderos clínicos dan siempre la debida importancia etiológica al medio psíquico favorable ó adverso en que el enfermo vive; al esfuerzo hercúleo de su voluntad soberana por curarse, ó al abatimiento de esta misma voluntad que hace al paciente odiar la vida y buscar en la muerte su descanso; y para estos médicos, repetimos, no son temibles las exageraciones de las doctrinas nuevas, pero no hay duda que estas exageraciones pueden perturbar de un modo profundo á las nacientes generaciones médicas en cuya educación se ha descuidado puniblemente el elemento filosófico de que tanto necesita nuestra profesión, dando, en cambio, un predominio irreflexivo al elemento material, objetivo y somático.

La nueva Ciencia con que la Bacteriología y la Química patológica tratan de sustituir á la Medicina tradicional, se encuentra en período constituyente y muy atrasado todavía; nuestras Escuelas de Medicina, por otra parte, no disponen de los costosos medios que estas enseñanzas exigen, ni están organizadas para el nuevo régimen, resultando de aquí, que al llegar á la vida práctica, la actual generación escolar encuentra en ruinas el edificio de la Ciencia del pasado y sólo con cimientos, algo movedizos todavía, el de la Ciencia del porvenir.

Nada extraño es, por tanto, que se manifieste desorientada y recelosa ante esta falta de fijeza en las doctrinas que corre parejas con la escasez de medios de comprobarlas y aquilatarlas en la práctica, y por esto hay que convenir en que son lógicos su temor y su desconfianza al lanzarse á la práctica profesional con un liviano bagaje experimental y sin un criterio fijo, fundamental y filosófico que le sirva de guía en sus investigaciones.

A esta juventud, no á vosotros, ilustres académicos, que podéis servirme todos de maestros, se dirigen las expuestas consideraciones, señalándolas como una de las principales causas de la crisis científica por que atraviesa actualmente nuestra profesión y que á todos, justo es decirlo, jóvenes y viejos, nos trae un tanto desequilibrados.

Otra causa de desorientación en los tiempos presentes es el divorcio verdaderamente inexplicable y absurdo que hoy existe, de hecho, entre la Medicina y la Cirugía, cual si estuviéramos aún en los tiempos de los médicos puros y de los cirujanos puros. Nuestros títulos son de médicos-cirujanos, y es menester que exista la debida ponderación instructiva entre el elemento médico y el quirúrgico para que ese divorcio desaparezca, con lo cual ganaría mucho en prestigios el ejercicio profesional.

Divorcio de
la Medicina y
la Cirugía.

Dicho sea con todos los respetos debidos, creemos que los médicos debieran ser más cirujanos y los cirujanos más médicos, siendo hoy raros los ejemplares en que estén equilibradas las dos aptitudes, que, en definitiva, son una misma.

Y por las trazas, la separación tiene caracteres de estabilidad, porque no habrá quien niegue las tendencias quirúrgicas de la nueva generación médica ni el desdén que demuestra hacia la Medicina interna, hasta el punto de que, aunque la afirmación parezca paradójica, se siente hoy la necesidad de médicos, de buenos médicos se entiende, si bien tampoco andamos sobrados de cirujanos, aunque abunden extraordinariamente los hábiles operadores.

Los bizarros atrevimientos de la moderna Cirugía, nacidos de la supresión del dolor, de la sangre y del pus en las operaciones y

que ejercen sugestiva impresión en el ánimo de los escolares médicos; la rapidez de los éxitos quirúrgicos y la resonancia que adquieren y que rara vez se encuentra en la obscura y difficilísima labor del médico, y el relativo descanso y el bienestar que disfrutan los cirujanos, comparados con los médicos, cuyo trabajo es más penoso, de ningún lucimiento y mucho menos lucrativo, amén de otras consideraciones, son los motivos que hacen que se desdeñe la abnegación, el esfuerzo y la perseverancia que exige el ejercicio de la Medicina, para buscar un porvenir más cómodo en las hazañas de la Cirugía.

Estos espejuelos de la fortuna y de la fama deslumbran á los médicos jóvenes, sin comprender, en su inexperiencia, que no es oro todo lo que reluce; que el apogeo de los cirujanos dura menos que el de los médicos, por el natural menoscabo de aptitudes que engrendran los años; que se ha iniciado ya una reacción contra los excesos de intervención cruenta, demandándose estadísticas verdad á cuatro años fecha y sobre todo y por encima de todo, que sin saber Medicina, con verdadera profundidad, y sin haberla practicado no se puede ser buen cirujano, ni general ni especialista; se podrá llegar, á lo sumo, á ser operador atrevido, para lo cual hasta la Anatomía estorba.

Confusión de límites.

Es tanto más necesario el trabajo de síntesis profesional por que abogamos, cuanto que el cirujano se mueve cada día en un horizonte más amplio, haciendo tributarias de su habilidad variadas dolencias consideradas antes como exclusivamente médicas, tales como las meningitis cerebrales y raquidianas, las neuritis, la epilepsia, las pleuresias de todo género, las vólicas, los abscesos y las tuberculosis pulmonares, ciertas nefritis y pielo-nefritis; las lesiones calculosas de las vías biliares; otras varias del aparato circulatorio; las dilataciones del estómago; todas las peritonitis, incluso las apendiculares, etc., etc.

Estas conquistas realizadas por la Cirugía en el terreno de la Medicina que nos apresuramos á declarar legítimas y bienhechoras, ponen al médico á veces en trances muy difíciles, si ha de determinar con acierto cuándo y en qué enfermedades concluye su

misión y cuándo empieza la del cirujano: el *ocassio preceps* y el *experimentum periculosum* riñen muda batalla en su cerebro y en su conciencia, queriendo huir por igual del ridículo de una falsa alarma, que de la responsabilidad moral inevitable, si el cirujano declara, fatidicamente, que ha pasado el momento operatorio.

Diré por mi cuenta que desde que Dieulafoy con sus grandes prestigios de médico eminente, lanzó al mundo científico esta sentencia casi apocalíptica *nunca os arrepentiréis de haber operado una apendicitis, pero os arrepentiréis muchas veces de no haberla operado ó de haberlo hecho demasiado tarde*, á partir de entonces, repito, me inspira un santo horror hasta el cólico menos aparatoso, no obstante haber tratado muchos con feliz éxito y sin el concurso de la Cirugía en la época, no muy lejana, en que llamábamos oclusión intestinal, tiflitis ó peritiflitis á los procesos patológicos agudos de los intestinos.

Las actuales indecisiones de mi ánimo me hacen repetir á menudo esta sincera confesión estampada hace siglo y medio al frente de su tratado de *Moral médica* por el Dr. Gregory: «Cuando salí de la Universidad conocía veinte remedios cuando menos para cada enfermedad.... ¡Ahora que ya he vivido mucho, hay más de veinte enfermedades para las cuales no conozco un remedio siquiera!».

Indecisiones
racionales

Los médicos que vamos para viejos suscribiríamos sin dificultad esta atinada observación del sapientísimo filósofo escocés y por lo que á mí respecta, con la ingenuidad que os debo, declaro que me encuentro al cabo de treinta años largos de ejercicio profesional con menos fijeza de juicio y con menos decisión y confianza que la que tenía á la terminación de la carrera.

Escasísimos entonces los laboratorios, insuficientes y mal atendidas las clínicas, no podíamos fiar gran cosa para la comprobación de nuestros juicios, en lo que no lleváramos dentro del cerebro, naciendo de estas deficiencias prácticas la necesidad de sujetarse á un sistema filosófico y á una disciplina determinada para hacer nuestras investigaciones; sistema en verdad de lento y dificultoso paso, pero con el cual llegaron en tiempos remotos la Me-

dicina y la Cirugía españolas á un grado de esplendor y de adelanto que fueron la envidia de las mismas naciones de cuya Ciencia somos hoy simples tributarios é imitadores.

Con los ojos puestos en estas tradiciones gloriosas, con generosos ideales en el alma y con fe en el porvenir y en el progreso, hizo nuestra generación su aprendizaje médico. Sentíamos entonces, además, gran respeto para nuestros maestros y entusiasmo verdadero por nuestros libros: con las clínicas de Trousseau y de Jacoub, sobre la mesa, teníamos la seguridad de encontrar el esclarecimiento del caso más borroso que se nos presentase y con una Terapéutica circunspecta, sabia y prudente, fiel reflejo de la natural, solíamos salir airoso de los más difíciles trances.

Cuadros clínicos borrosos.

¿Es que han cambiado las enfermedades desde entonces? No, seguramente; lo que ha cambiado á nuestro juicio son los enfermos ó el medio social en que éstos viven ó las condiciones somáticas que los rodean. Ello es lo cierto que hace bastantes años las enfermedades más vulgares y frecuentes como la pulmonía, la fiebre tifoidea, la gripe y en general todas las grandes pirexias, no se ajustan en su desenvolvimiento y marcha á la patocronia, casi invariable, que antes seguían, estableciéndose una discrepancia marcada entre el cuadro clínico admirablemente descrito en nuestros libros clásicos de Medicina interna, en los que tantas veces vimos fotografiados á nuestros enfermos y los síndromes borrosos y anárquicos con que ahora luchamos á diario: las formas larvadas y atípicas, que antiguamente eran la excepción, constituyen ahora la regla y de ahí resultan perjudiciales indecisiones para el tratamiento del enfermo, falta de tranquilidad para el espíritu del médico y dificultades casi insuperables para el establecimiento del pronóstico, anuncio anticipado del porvenir, juicio clínico de la mayor transcendencia, no solamente para los enfermos y sus familias, sino también para el prestigio y la autoridad del profesor, que con un pronóstico equivocado pone en peligro la reputación, así se salve el enfermo. ¡Desventurada profesión la nuestra, en la que una muerte prevista puede afianzar la confianza

y el crédito del médico, y una salvación inesperada, puede calificarle de ignorante!

Bien sabemos que las afecciones de dos enfermos nunca fueron idénticas; rara vez hemos visto dos tifoideas, dos tuberculosis, dos pulmonías desarrollarse de la misma manera, ni es frecuente tampoco que el ambiente físico y moral que rodea á los enfermos presente siempre idénticas condiciones favorables ó desfavorables á la curación; y no nos chocarían las discrepancias ni las anomalías si se tratase de un corto número de casos, pero como nos referimos á hechos salientes y á observaciones repetidas, que seguramente habrán llamado también la atención de mis distinguidos colegas, de ahí que consideremos este asunto digno de la mayor atención y estudio.

Y no se diga que las variabilidades patológicas á que hago referencia son propias solamente de las grandes ciudades y que guardan relación con los inconvenientes propios de la vida urbana: iguales fenómenos se observan, con lastimosa frecuencia, en los distritos rurales mejor ventilados y más tranquilos.

La causa no está indudablemente en el medio ambiente, sino en el organismo que sufre, y como en general los fenómenos que agravan y perturban inesperadamente las enfermedades á que hacemos referencia, pertenecen al orden de los trastornos neurológicos y se traducen por mortales adinamias de todo género, importa mucho averiguar el origen de esta falta de resistencia del sistema nervioso.

Hay quien cree que ha descargado toda su responsabilidad pronunciando la palabra infección, y para una gran parte del vulgo el calificativo de infecciosa aplicado á cualquier enfermedad significa ya la gravedad y hasta la muerte, porque no sabe que este calificativo sólo denuncia el origen extrínseco de la causa y que la levedad ó la importancia de la dolencia residen, no en el germen que penetra del exterior, sino en las condiciones del organismo que le recibe. Esto aparte de que la infección no es un concepto patológico de nuestros días ni ha venido al campo científico con el descubrimiento de los microorganismos patógenos, sino que

existió siempre bajo uno ú otro nombre y sería candidez inexplicable suponer que los microbios y bacterias no existieron en el mundo microscópico hasta el día feliz en que fueron descubiertos por el ojo clarividente de Pasteur.

Hay que mirar más hondo en este asunto y á título de hipótesis solamente expondremos nuestra humilde opinión.

La gripe.

Los cuadros clínicos borrosos á que venimos refiriéndonos y que nos han hecho pensar algunas veces en la necesidad de declarar la Patología médica en pleno período constituyente, coincidieron en su aparición con la gran pandemia de gripe que perturbó hondamente la salud de Europa y de América en los últimos meses del año 1889 y en los comienzos de 1890. Nadie puede haber olvidado los horribles estragos de aquella extensa epidemia que produjo en toda España innumerables víctimas de presente, dejando en pos de sí para el porvenir una siembra funesta que todavía facilita un regular contingente á las estadísticas de mortalidad.

Desde aquella época la gripe es endémica en nuestro país, y todo el mundo sabe por experiencia propia las condiciones de sideración nerviosa y de aniquilamiento de fuerzas en que deja al organismo el ataque más insignificante y benigno, constituyendo estas reliquias de la enfermedad un cuadro nosológico bien definido y que hemos convenido en designar con el nombre de *astenia post-gripal*.

Pocos serán los españoles que hayan resultado indemnes contra esta plaga en una ú otra epidemia, con la particularidad de que esta infección se distingue de sus congéneres en que, en vez de producir inmunidad un ataque, engendra, por el contrario, predisposición marcada á contraer otro nuevo á cada visita del molesto huésped, cuyo cosmopolitismo universal, nunca igualado por las enfermedades pestilenciales, así como la extraordinaria frecuencia con que nos visita; su manifiesta predilección por los grandes centros en los que ha tomado carta de naturaleza, reinando endémicamente, sin perjuicio de exaltaciones periódicas que arrebatan millares de vidas; el aumento de gravedad que cada día

viene observándose en las localizaciones torácicas y otras consideraciones no menos atendibles, justifican plenamente la honda preocupación de los médicos ante los estragos cada día crecientes de la gripe, á lo cual hay que agregar, que, no obstante haberse descubierto por Pfeiffer una diplobacteria, por Frielander un bacilo capsulado, y por varios autores diversos elementos figurados, á todos los cuales se atribuye papel causal de la gripe, es lo cierto que no se conoce todavía un tratamiento específico eficaz contra la dolencia, ni ha surgido aún un procedimiento de inmunización individual ni colectivo, encontrándonos los médicos ante estas dificultades, completamente desarmados en presencia de tan perseverante enfermedad.

¿No estará en la gripe con sus protéicas formas y variedades, con sus penosas raquialgias y topoalgias, con su síndrome catarral, con su anarquía nerviosa, con su astenia post-gripal, el origen de las rarezas neuroparalíticas que complican con tanta frecuencia los cuadros antes conocidos, ahora sorprendentes, de las grandes pirexias?

O yo estoy equivocado como Broussais, que creía que la gripe era un fantasma inventado por los médicos sin clientela á falta de otra cosa mejor en qué ocuparse, en cuyo caso procede que todos nos encojamos de hombros, ó de lo contrario, hay que convenir en que esta enfermedad proteiforme nos pone á los médicos en ridículo á cada paso, y debemos estudiarla á conciencia, buscando los medios apropiados para cohonestar sus perniciosos efectos próximos y remotos. Obra digna de esta Real Academia sería el estudio que proponemos.

Lo que está fuera de toda duda es que la neurastenia, considerada hoy como verdadera enfermedad social, se ha extendido de una manera alarmante en España y aun podemos decir que en el mundo, desde la gran pandemia gripal del año 1889, y nadie negará las condiciones de malignidad y la rareza de modalidades que toman las dolencias agudas en los individuos neurasténicos, sea cual fuere el proteiforme carácter de sus desesperantes fobias.

También es indiscutible que el número de vesánicos por lesión

cerebral estática ha aumentado considerablemente en estos últimos años.

La vida intensa.

No se nos oculta que las condiciones actuales en que se realiza la vida social; la vertiginosa actividad de la industria y de las artes; la lucha de clases; las aspiraciones de redención del proletariado; el egoísmo de las clases directoras; las pasiones de tirios y troyanos; los propios factores del progreso, como los ferrocarriles, el automovilismo, la aerostación, la prensa periódica; el enorme consumo de electricidad industrial, *la vida intensa*, dicho en una palabra, han traído como cortejo obligado de su acelerada marcha, multitud de ocasiones de enfermar, despilfarros patológicos del sistema nervioso, de cuya normalización y arreglo tiene que encargarse la Medicina, y á los que cabe indudable responsabilidad en los problemas que venimos estudiando, ya recaigan en clases ricas ó afecten solamente al proletariado.

Las enfermedades del proletariado.

La Medicina es el arte de curar, pero alguien pretende que esta definición resulta deficiente y que debe completarse de este modo: «es el arte de curar á los enfermos ricos que quieran curarse». Y lo triste es que en el fondo tiene positivo fundamento la enmienda. Nada más igualitario que la enfermedad; nada más democrático que la Medicina; pero á pesar de la identidad de los males de los pudientes con las dolencias de los desheredados, es lo cierto que los médicos, conociendo perfectamente la enfermedad y el remedio, encontramos dificultades, casi siempre insuperables, para normalizar la salud del menesteroso.

La quietud del órgano ó del organismo enfermo es el primer factor terapéutico que es menester recomendar; pero tratándose de pobres la inacción es un anticipo de la muerte. El número de las enfermedades profesionales aumenta cada día con la multiplicación de los oficios manuales; y las condiciones en que el trabajo se realiza son, por regla general, detestables, bien por la insalubridad de los talleres, ya por los venenos que constituyen la materia prima de la manufactura, y en la mayor parte de los oficios por las actitudes forzadas, violentas y duraderas en que tiene que realizarse el trabajo.

La Medicina se preocupa hondamente de estas desdichas; redacta proyectos de reglamentación; establece normas de higiene y de terapéutica; pero nada de esto se cumple y resulta fracasada en el tratamiento. Recetar quietud, abandono del oficio, habitación sana y ventilada, alimentación suculenta, ¿no resultará siempre un sarcasmo cruel para el que no tiene más elementos de vida que el trabajo ejecutado precisamente en aquellas deplorables condiciones? La Medicina es piadosa, y ya que en ocasiones no pueda curar no ha de aumentar tampoco la desesperación del paciente proponiéndole remedios que no estén al alcance de su fortuna.

He aquí otra causa de fracaso y de crisis para la Medicina: he aquí otra preocupación angustiosa para los médicos. La Medicina hace cuanto puede; no se limita á señalar el camino de evitar el desastre sordo y constante de la existencia del pobre, cuyo valor económico conoce y justiprecia, sino que busca los medios conducentes á la realización de las medidas que propone, bien convencida de que por el camino que hoy se sigue la humanidad va al caos, toda vez que con el problema de la vida del obrero se relacionan otros muy importantes, como el del aumento progresivo del número de los desequilibrados, degenerados, alcohólicos, idiotas y cretinos, así como el de los ciegos, sordomudos y afásicos, rémoras onerosísimas para el país, debiendo añadirse á esta lista de desdichas el triste significado de que cada año se reduzca, por falta de talla y de desarrollo físico, el número de mozos útiles para el servicio militar.

Las curiosas investigaciones del Dr. Gruber sobre el aumento de longitud y disminución de calibre del canal intestinal que experimentan los europeos de varias naciones cuando su alimentación es mala y poco digestible, encontraría en España triste comprobación; pues en lugar de las seis veces que debe estar comprendida la longitud del cuerpo en la total dimensión del canal digestivo, tal vez resultarían algunos individuos cuyo tubo digestivo fuese igual á 28 veces la medida del cuerpo, como sucede á los carneros y á otros rumiantes cuya alimentación es más nutritiva seguramente que la de muchos hombres.

También serían aquí muy instructivas y fecundas las estadísticas sobre disminución del número de costillas que se viene observando en la especie humana, la falta cada día más frecuente de las muelas del juicio y el cambio subsiguiente de la fórmula dentaria humana, el aumento extraordinario de los cortos de vista, de los escasos de pelo y de los faltos de olfato, etc., etc., detalles todos que acusan una tendencia transformista bien poco tranquilizadora, á pesar de lo que escriben ciertos espíritus optimistas que en todos estos indicios de degeneración y hasta en las mismas enfermedades, sólo ven un espontáneo proceso de adaptación al medio, del que casi debemos felicitarnos.

Inútil es pensar en regeneraciones problemáticas y en la organización social sobre moldes nuevos racionales y humanos; esta obra es larga; necesita una gestación laboriosa, y si llega algún día el momento de ejecutarla, es lo probable que para entonces haya casi desaparecido la colectividad que se pretende organizar.

No se entusiasme M. Brunetière, el ilustre académico ultramontano francés, que en elocuentísimas conferencias va preguntando por todas las naciones, incluso la nuestra, la *quiebra de la Ciencia*: nuestros pesimistas asertos no son signos de la bancarrota de la Medicina; habrán quebrado en todo caso las Ciencias morales y políticas que no encuentran solución viable para el problema obrero; pero la Medicina salda siempre sus cuentas con *supérrabit*; á ella le toca estudiar, aconsejar, proponer, avisar el peligro, y hecho esto... *el que deba oír que oiga; el que deba ejecutar que ejecute.*



II

No puede negarse, sin notoria injusticia, la importancia social y política, creciente cada día, que los Poderes públicos conceden á la Medicina y á los médicos en todos los países, sin exceptuar el nuestro.

CRISIS SOCIAL
DE LA MEDICI-
NA.

Médicos son los representantes de nuestro Gobierno que acuden á las Conferencias sanitarias internacionales, adornados á veces de la alta categoría de Ministros plenipotenciarios y apoderados en forma para convenir tratados y adquirir compromisos legales, atando y desatando contratos sanitarios de verdadera transcendencia en el terreno de la higiene pública y en el orden económico.

Los acuerdos ó conclusiones de los Congresos internacionales de Medicina ó de Higiene se transforman frecuentemente en leyes.

La intervención de diputados y senadores médicos en la formación de las leyes y en la redacción de los Códigos hace que éstos resulten más humanos y suaves bajo la influencia, siempre piadosa, de la Ciencia médica.

Los médicos forman parte de los Consejos penitenciarios y de las Juntas de cárceles.

La Medicina juega también principalísimo papel en todos los asuntos referentes á la enseñanza, habiéndose constituido una especialidad llamada *Medicina pedagógica* que se ocupa en todas las cuestiones relacionadas con la Higiene del escolar y con la salubridad de las Escuelas.

Importancia
oficial de los
médicos.

La *Ley de accidentes del trabajo* entrega á la confianza del médico la esencia de su ejecución complicadísima.

La reciente *Ley de protección á la infancia*, redactada por médicos y cuya entraña es exclusivamente médica, tiene por elementos directores á ilustres personalidades de nuestra profesión.

Los más árdulos problemas sociales relacionados con los conflictos obreros, en lo que tienen referencia con la duración de la jornada, justiprecio de la fatiga, insalubridad de la vivienda y toxicidad de la alimentación, no se resuelven sin escuchar á médicos higienistas, ajenos ó adherentes á las propias Comisiones de Reformas Sociales.

En la *Junta de Urbanización y Obras* del Ministerio de la Gobernación, encargada de intervenir activamente en las condiciones de edificación, reforma y saneamiento de las poblaciones de España, existe un núcleo de médicos que representan á esta Real Academia, á la Sociedad de Higiene y á las inspecciones de Sanidad.

Médicos son también los que dirigen las importantes *Asociaciones internacionales antituberculosas* de todas las naciones.

Recientemente hemos visto que un médico ilustre ha sido llamado á los Consejos de la Corona.

El espíritu de nuestras disposiciones sanitarias nos ha valido que una eminencia como el Dr. Brouardel diga en el prólogo de un libro publicado por el entusiasta hispanófilo Dr. Delvaille, de Bayona, sobre «La Higiene y la asistencia pública en España», que en muchos problemas que se refieren á la higiene y á la beneficencia pública hemos sido precursores y no imitadores de Francia.

Nuestra actual organización sanitaria está, casi exclusivamente, confiada á los Inspectores generales, provinciales y municipales de Sanidad y á Corporaciones en las que prepondera el elemento profesional.

Y no creemos necesario aducir más datos, porque de los expuestos se deduce claramente la importancia oficial que la Medicina disfruta.

Y para comprender su alcance social dejemos la palabra á nuestro querido compañero y amigo el Dr. Gimeno: «Podemos enorgullecernos de ser médicos porque, debido á nosotros, ya no se encadena á los locos como fieras ni se lleva á algunos de ellos al cadalso; ya no es posible quemar á las histéricas como á brujas malélicas; ya no se reciben á cañonazos los buques apestados para impedirles la entrada en el puerto; y sería difícil degollar á nadie con el pretesto del cólera, puesto que hemos demostrado que es el *virgula* traído del Ganges el que pulula en las aguas». ¡Dios quiera, que, debido también á nosotros, no se agoten las energías humanas en interminables horas de un trabajo imposible, junto á la máquina; no se abuse de la mujer y del niño en la fábrica ó en la mina; no se cebe la tuberculosis en los rebaños de obreros hacinados en locales donde se rumia el aire y donde la suciedad encuentra trono, la miseria esclaviza y la muerte no duerme nunca; y deje de ser el alcohol la *sacra anchora vitae* de aquel, que, por no comer lo necesario, bebe, y para darse un rato de dicha ficticia y de triste alegría empapa su cerebro en aguardiente!»

Importancia
social de la Me-
dicina.

Conforta el ánimo la lectura íntegra del discurso universitario del Dr. Gimeno sobre «La Importancia social y política de la Medicina» del cual tomamos el transcrito párrafo. Se siente el alma médica verdaderamente orgullosa al admirar en aquellas páginas inspiradas, la gran misión social que realiza nuestra humanitaria ciencia y el hermoso horizonte que el ilustre catedrático nos hace entrever para el porvenir. ¡La Medicina ocupa indudablemente el primer rango entre las profesiones sociales!

Pero ahora es necesario preguntar: ¿hemos ganado proporcionalmente á la consideración oficial que disfrutamos, la confianza particular del público, el respeto de los clientes y la gratitud y consecuencia de las familias? Desgraciadamente, no.

El Dr. Brouardel hace en su libro titulado «La profesión médica en los comienzos del siglo xx», un parangón muy interesante entre el papel que desempeñaba el médico hace cuarenta años en el seno de las familias y el que tiene que hacer en los tiempos corrientes. Entonces, cada familia tenía un solo médico

Depreciación
profesional.

y éste era el encargado lo mismo de sacar al mundo á los niños, que de recoger el último suspiro de los abuelos; más que un hombre que busca un salario, era un amigo, un confidente de los dolores, de las aprensiones, de las alegrías y de las tristezas de la casa, siempre dispuesto á la abnegación y al sacrificio: él seguía á la familia durante varias generaciones, viéndola crecer y desenvolverse; no era solamente un médico: era el *medicus familiaris*, admirablemente descrito por Balzac.

Cuando uno de los miembros de la familia — sigue hablando Brouardel — necesitaba la intervención de un especialista, era el médico de la casa el que le elegía, acompañando al enfermo á la consulta ó asistiendo á la visita; y como él conocía los antecedentes personales y hereditarios de sus clientes le era muy fácil, con ayuda de los consejos del especialista, formular un tratamiento racional.

El Decano de la Facultad de Medicina de París se lamenta, en sentidos términos, de que haya desaparecido de su país este clásico y honorable tipo de médico de familia; y reconociendo la necesidad del especialista como consecuencia ineludible de los progresos científicos, entiende, que, los cambios de costumbres profesionales importados por la creación y multiplicación de las especialidades, contribuyen á la crisis médica, que en su país, también se deja sentir.

Las especialidades médicas.

Tributarios nosotros de Francia en cuanto á novedades de todo género se refiere, claro es que en esto hemos seguido también sus pasos y que aquí ocurre lo mismo que denuncia Brouardel con su perspicaz talento.

Aquí conocemos también el tipo que nos describe de un ingeniero, muy inteligente en los menesteres de su profesión, que reclama un especialista para los dolores de cabeza que padece su hijo, joven de quince años, al cual prestan cuidados, á la vez, un especialista de estómago, para la pesadez de sus digestiones, y un cirujano para un exóstosis de la tibia, cuando cualquier médico general bastaba para diagnosticar y tratar, como fenómenos de crecimiento, todos estos trastornos, idénticos de su origen.

Nos es familiar el caso del niño atacado de una erupción baladí del cuero cabelludo ó de cualquiera otra región, para cuya dermatosis se consultan cuatro especialistas que escriben cuatro tratamientos discordantes, que el padre pone en práctica, uno tras otro, por el orden que le viene en gana, sin sospechar, en su ignorancia, el perjuicio á que expone al enfermo con esta multiplicidad de tratamientos, buenos seguramente cada uno de por sí, pero que no responden en conjunto á los atributos de toda medicación, que, para ser eficaz, debe ser única y bien coordinada.

Abundan aquí ya, las personas insensatas, que, revoloteando de especialista en especialista, reciben, á la vez, los cuidados de tres ó cuatro médicos, que unas veces conocen y otras ignoran tan singular colaboración; y hasta hemos visto casos de gente provinciana que en un mismo día ha consultado cuatro especialistas.

Nuestro gran Letamendi, hace ya muchos años, nos dijo en su «Tratado de Clínica general», hablando de las desventuras de la profesión: «Los especialistas, salvas tan meritorias como contadas excepciones, están reducidos en su particular industria á tal extremo, que, en casos dados, trabajan tres ó cuatro sobre un mismo enfermo sin sentir necesidad de hablarse del común cliente, como cuervos sobre un mismo despojo.....»

Lo que resulta incuestionable es, que los especialistas eran antes buscados por los médicos y ahora lo son por los enfermos, con lo cual se aflojan los lazos de unión entre los médicos y los clientes, sin que el compañerismo, la confraternidad ni el decoro profesional vayan ganando nada con esta mudanza de costumbres. Aun, sobre aquellos clientes que van á los especialistas recomendados por su médico, pierde éste todo derecho de propiedad, que tal vez conservase, sin perjuicio de nadie, aceptando la idea propuesta por Brouardel, que admitiendo la necesidad y conveniencia de los especialistas, considera, no menos necesario, que la ejecución del tratamiento que ellos prescriben sea dirigida por el médico de familia con el fin de evitar enormidades, cual las que en su libro denuncia y algunas de las cuales hemos extractado.

De maestro muy competente en el conocimiento de las virtudes teologales hemos aprendido, que la fe no es divisible como la caridad, ni graduada como la esperanza, y que así como resulta perpetua, á prueba de adversidades clínicas, cuando llega al apoderamiento del ánimo de un cliente; en cambio, cuando éste vacila y trata de repartir la fe entre dos ó más médicos, ocurre que ninguno la posee por completo, con grave perjuicio de enfermos y de médicos.

Nosotros creemos también que las especialidades son necesarias: la Medicina ha ensanchado de tal manera sus horizontes que es, no solamente difícil, sino imposible, conocer de manera suficiente todas sus ramas, existiendo ciertas especialidades, de tal suerte complejas, que apenas si una sola persona puede conocerlas íntegramente. Tal sucede á la Oftalmología: el oculista tiene que ser á la vez óptico, cirujano y neurólogo, contando además con que necesita ser, previamente, un buen médico, por las estrechas relaciones existentes entre los ojos y multitud de variadas enfermedades orgánicas.

Hemos sostenido públicamente que deben subsistir en nuestras Facultades las especialidades médicas y quirúrgicas, hoy autorizadas, y que debe facilitarse, además, cuanto sea posible la creación de cursos abreviados, que, con carácter libre, soliciten dar beneméritos profesores, pero continuando unas y otros sin ser obligatorias y á título solamente de estudios de extensión universitaria, por entender que está harto recargado el imponente plan de estudios de la Medicina y porque con arreglo á nuestro criterio, si los estudios de Patología general están bien hechos; si los Profesores de las respectivas Patologías, dejando á un lado particulares aficiones, distribuyen equitativamente el tiempo, sin omitir lección del programa, que debe ser completo y de extensión conocida antes de empezar el curso; si luego en las Clínicas generales y especiales, vieran los alumnos el mayor número de casos, de todo género, hay motivos racionales para suponer que el futuro médico sabe lo necesario para el ejercicio profesional, sin forzarle á examinarse de asignaturas nuevas. Así se evita

también, que, equivocando la afición con la vocación, tomen los noveles médicos determinaciones prematuras sobre la especialidad á que vayan á dedicarse, olvidando que para ser especialista, se necesita ser antes médico práctico, y que por tanto, el ejercicio de una especialidad no cuadra en médicos demasiado jóvenes.

Los especialistas tienen que hacerse en los hospitales y en las grandes clínicas, donde es indispensable, de todo punto, la división y la clasificación del trabajo; y no se refieren ciertamente á estos profesores ilustres las consideraciones que estamos haciendo.

Hay que convenir en que es verdaderamente intranquilizador el aumento extraordinario de especialidades y el número creciente de especialistas. De continuar por este camino de divisibilidad profesional caeremos de seguro en el censurable charlatanismo, del que va librándonos, relativamente, la seriedad de nuestro Cuerpo médico, contra el cual, en buena hora se diga, no ha sido, ni será necesario, publicar libros tan mortificantes para el decoro de la clase, como algunos estudios realistas de Zola y de Daudet en los que se maltrata duramente, bajo apariencias novelescas, á ciertos renombrados especialistas franceses, cuyas siluetas se describen entre regiones. Gracias á Dios no está en España el país de *los cultivadores de la muerte*, ni son de nuestra hidalga tierra los repulsivos tipos de farsantes que Daudet retrata; aquí no tendrían seguramente comensales esos inconcebibles banquetes de *damas infecundas*, presididos por ginecólogos complacientes, cuya descripción nauseabunda, hemos leído, con vergüenza en el rostro, en algún libro extranjero; las anárquicas é inmorales doctrinas de *la generación voluntaria*, sostenidas en vecinos países por celebridades médicas, no han hecho mella alguna en nuestra sensatez profesional, ni han disminuído, en lo más mínimo, la admirable fecundidad de la mujer española; pero por lo mismo que no nos ha llegado el contagio de tales horrores y para evitar posibles caídas, es menester que nos prevengamos, viviendo alerta y poniendo dique á ciertas corrientes que pudieran conducirnos al descrédito.

El charlatanismo médico.

Bien sabemos que la actual tendencia especializadora está favorecida por las inclinaciones del vulgo, que no sólo admite la

división llevada al infinito, sino que fomenta las aficiones de los improvisados especialistas.

El vulgo ignora que las especialidades, así comprendidas, resultan un absurdo biológico: desconoce el engranaje humano; no sabe las estrechas relaciones que existen entre órganos situados en regiones bien distintas; no conoce ni adivina lo que es la unidad individual del hombre, y llevado de erróneos conceptos, cree que en la economía humana, á compás de lo que enseña la economía política, la perfección estriba en la repartición del trabajo entre muchos; y así se explica lo que cuenta Morache de un individuo gastrálgico que acudió á un especialista del estómago entre tanto que no le dolieron los intestinos, buscando, y encontrando, entonces á otro que entendiéndose de dolencias del abdomen, con lo cual se establecen dos especialidades: la de vías digestivas superiores y la de vías digestivas inferiores, separando estas dos modalidades clínicas por una línea ideal que pasara por la región pilórica.

A esta complicidad vergonzosa, á este localicismo incalificable es menester que se opongan los médicos y que nos opongamos todos; pues si bien no tienen castigo en el Código por no tratarse de ejercicio ilegal de la profesión, toda vez que se prestan á ello individuos con título, semejantes complacencias no sólo falsean el espíritu de la Medicina y de la Ciencia, sino que por transición insensible acabaremos con el decoro médico y no mereceremos más consideración que la de menstrales especialistas, á los que se encarga de la compostura ó del arreglo de un artefacto roto, justificando en cierto modo la depreciación que hoy sufre nuestro crédito y que aumenta el escepticismo de las gentes en la certidumbre de la Medicina.

El compañerismo.

Un tanto relacionada con la cuestión de los especialistas, entre los cuales no suele reinar siempre la mejor armonía, existe, además, otra causa de índole interna que compromete gravemente nuestro crédito á los ojos del público y que es menester tratar, porque la imparcialidad y la justicia demandan nuestra franqueza: nos referimos á las relaciones profesionales entre médicos.

Quisiera en este delicado asunto decir lo menos posible por cuenta propia y para ello buscaré autorizados textos ajenos, pues desdichadamente este achaque es de todos los tiempos y lugares. *Invidia hominum mala: invidia medicorum pésima*, nos dejó ya dicho Hipócrates en sus inmortales aforismos.

«La primera condición para que la dignidad médica sea respetada, es que el médico se respete á sí mismo». (*Dechambre.*)

«El punto esencial de la reforma de la Medicina es la reforma del médico. La manera de proceder de la mayor parte de los médicos prácticos para con sus colegas, está á menudo en contradicción con las reglas elementales é inviolables de la confraternidad. La confraternidad médica es desgraciadamente un eufemismo como el agradecimiento de los clientes. La envidia tradicional de los médicos, entre sí, es la causa principal de todos nuestros males y de todas nuestras miserias profesionales». (*Dr. Peinard.*)

«Los médicos honran su profesión honrándose ellos mismos y por consiguiente observando los unos, para con los otros, las mayores consideraciones». (*Dr. Chalamet.*)

«No nos miremos siempre como gallos de pelea: sepamos sonreir afectuosamente á nuestros colegas y ofrezcámosles esa benevolencia verdadera que busca el medio de manifestarse por actos; que no lo interpreta todo mal; que excusa con gusto y que perdona fácilmente». (*Dr. Hubert.*)

«El médico no debe nunca hablar mal de sus colegas: huelga decir que no esté obligado á hablar bien de ellos si no le merecen buen concepto, pero en modo alguno debe hablar mal aunque lo piense, ni murmurar, ni hacer insinuaciones intencionadas. Se puede siempre discutir el valer profesional de un médico: lo que no debe jamás discutirse es su valer moral. En cualquier colega hemos de respetar siempre la propia toga que vestimos: en eso consiste la necesaria solidaridad y el saludable espíritu de cuerpo». (*Morache.*)

«La sabiduría consiste más á menudo en callarse que en hablar. Toda ocasión es buena para pensar, pero no hay siempre ocasión de decir lo que se piensa». (*Fontanelle.*)

«Es imposible negarlo: el nivel baja entre nosotros; la nueva generación á que pertenezco no vale lo que las antepasadas. La lucha por la vida se manifiesta con una intensidad desconocida hasta hoy, y los jóvenes llegan con la necesidad de ganar pronto y mucho». (*Dr. Aymard.*)

«La profesión médica tiene un carácter tan especial; confía á quien la ejerce intereses tan grandes; le llama á funciones tan delicadas; le carga de responsabilidades de tanto peso; le inicia en tantos secretos, que por eso mismo necesita someter el cumplimiento del deber á condiciones más altas y más rigurosas para el médico, que para ningún otro». (*Dechambre.*)

«Solamente la idea abstracta del deber, el principio absoluto de la obligación moral, son capaces de conservar al médico constantemente á la altura de su misión, poniendo su conducta bajo la dirección de este móvil superior, lo mismo para el arte que para la ciencia. Guardad el culto del honor. En su carácter indefinido él es superior á la ley y á la moral: no se le razona; se le siente: es una religión». (*Máximo Simón.*)

«El deber es el honor; es la vida moral del hombre, es la vida moral de las naciones, que languidecen, cuando se abandona; que perecen cuando se apaga». (*Cruveilhier.*)

«Hay medios para reprimir los crímenes; son las penas: los hay para corregir las costumbres; son los ejemplos». (*Montesquieu.*)

Coronaremos este ramillete de sentencias, con una tan epigramática como verdadera, de nuestro Letamendi, gran conocedor de los males de la clase:

«La mejor relación entre médicos consiste en quererse como si no fueran colegas». (*Letamendi.*)

Huelga todo comentario después de las hermosas máximas transcriptas, en las que ilustres médicos y filósofos nos señalan el camino del deber, en lo que se refiere á las relaciones fraternales que deben mediar entre sacerdotes de una misma iglesia.

Las luchas de
clase.

Afortunadamente, y dicho sea en honor de la clase médica, aquí en España, al menos, no precisamos que se nos llame fuertemente al orden por negligencias en el cumplimiento de los pre-

ceptos de la Ética profesional más que en lo tocante á la necesaria caridad entre compañeros.

Por eso, cabalmente, son de extrañar las luchas intestinas de la clase que tanto contribuyen al desprestigio de todos. Los médicos españoles en general, cumplen admirablemente los deberes de abnegación y sacrificio inherentes á su ruda profesión; son serios, buenos, honrados, inteligentes, desinteresados, benévulos, perdiendo solamente los estribos de su circunspección cuando se trata de su propio interés, pues interés de todos es la honorabilidad de la clase.

Las colectividades nunca se quejan sin motivo, pero desconocen casi siempre el motivo verdadero de sus quejas; y esto es lo que sucede frecuentemente á nuestra colectividad.

Existe entre la clase médica, lo mismo en las ciudades, que en los campos, un malestar indefinible, casi patológico, originado por un conjunto de factores sociales, en el fondo del cual palpita siempre la cuestión económica, cada día más apremiante y más amenazadora. En esta época de las reivindicaciones sociales flota en la atmósfera en que vivimos un hálito de insubordinación y de protesta que ejerce influencia sobre los médicos, al igual que sobre las demás clases trabajadoras; pero como colectividad ilustrada y culta comprende muy bien la nuestra, que, á pesar de su misión sagrada, no supone en el mundo, en definitiva, más que una fracción insignificante, comparada con la masa total, en cuyo seno viven, muriendo, otras muchas colectividades, que, como la nuestra, sufren y trabajan con la esperanza de mejores días.

Es cierto que, de vez en cuando, se exterioriza la protesta y surge un conflicto momentáneo, provocado por los oprimidos que desean libertad y vida más cómoda; pero como estas conmociones, casi siempre estériles, no pueden ser provocadas por los que ejercen una profesión de paz, humanitaria y evangélica, como la Medicina; como los médicos no podemos ni debemos tener puesto en la manifestación internacional que cada año se realiza el 1.º de Mayo; y como existe, sin embargo, en los que profesan nuestra Ciencia el instinto contenido de la protesta, necesitamos

dar expansión y salida á las aspiraciones no realizadas y no pudiendo nada, por nuestra pequeñez, contra la colectividad social, desahogamos nuestra impotencia, hundiendo las uñas en en nuestra propia carne y devorando, como Saturno, á nuestros propios hijos.

No de otra manera se explican nuestras eternas desavenencias; nuestra falta de unidad de miras y de aspiraciones; la mísera vida que arrastran todas nuestras corporaciones profesionales; la inconcebible y nueva clasificación de los médicos en dos bandos de libres y de contratados; las bizantinas discusiones ventiladas en la prensa política, ante un público dispuesto á la duda sobre cuestiones sin fundamento serio, pero que aparentemente establecen divisiones y castas entre los médicos; la oposición sistemática á todo lo que se legisla, aunque el legislador se haya inspirado en el bien general y en aspiraciones formuladas por los mismos que piden ahora su derogación; estos y otros muchos síntomas de nuestra desorganización suicida, son piedra de escándalo contra nosotros mismos; aumentan la desconfianza del vulgo y desorientan al gobernante mejor intencionado, que no acertará nunca á interpretar nuestras aspiraciones y deseos.

Perjuicios de
la notoriedad.

Otro tanto podríamos decir acerca del afán inmoderado de notoriedad que mueve á algunos compañeros á sacar de los dominios del libro, de la cátedra, del periódico profesional, de la academia ó del laboratorio aquellas palpitantes cuestiones doctrinales que aún tenemos los médicos en litigio, y acerca de las cuales no ha dicho todavía la Ciencia su última palabra, para lanzarlas, impremeditadamente á un público incompetente y mal dispuesto y al que por otra parte no aprovechan; predisponiéndole con nuestras dudas y vacilaciones á que niegue la certidumbre de nuestra Ciencia.

Véanse, como prueba, estos comentarios de la gran prensa política acerca de nuestras controversias doctrinales: «Hay un microbio tan temible como el del cólera: el microbio de la vanidad». Otro: «Desgraciadamente lo que resulta de este sistema de discusiones médicas es que todo es verdad y que todo es mentira, con lo cual nadie sabe á qué atenerse». Forzoso es confesar, aunque

nos duela, que los dos comentarios son oportunos y merecidos.

Y como pudieran interpretarse torcidamente los anteriores conceptos en el retrógrado sentido de creer que odiamos la discusión y la luz en los asuntos médicos, impórtanos mucho, antes de pasar más adelante, establecer nuestro criterio acerca de este punto.

La Medicina no es para nosotros una Ciencia que necesite sustraerse á las exigencias de nuestra época, en la que se rinde tan fervoroso culto al libre examen. Hoy se discute todo: no hay problema social, ni religioso, ni político, ni científico, que no esté en todas partes sobre el tapete: hoy se discute á Dios en los Ateneos. ¿Cómo hemos de considerar inmune contra el espíritu crítico del siglo á la Ciencia que profesamos y que por otra parte puede como ninguna resistir los más duros embates y las más aceradas críticas del libre examen?

Entiéndase bien: admitimos sin trabas el principio de la libertad de discusión científica; consideramos dicho principio como un derecho imprescriptible de las inteligencias; creemos que el libre examen es el alma de toda ciencia, que no ha cerrado el círculo en que debe desenvolverse; queremos que la Medicina se discuta; deseamos que la ciencia se vulgarice, en la medida que lo permitan el esparcimiento de las luces y el aumento de la razón pública, y en la medida que lo consientan la transcendencia de los problemas y el grado de certidumbre que estos encierren; fundamos, cabalmente, en esta discusión y en esta vulgarización de los principios científicos, el brillante porvenir de la Medicina. Lo que en manera alguna deseamos, es que por un vano deseo de exhibición de algunos, sufra detrimento la respetabilidad de todos: lo que censuramos con toda nuestra energía, es que se conculque la misión del médico, que es curar, cuando pueda, y cuando no pueda, consolar al menos, pero nunca destrozar las esperanzas del público, ni sembrar entre él una desconfianza, un pánico y un escepticismo cuyas fatales consecuencias ha de sufrir en primer término nuestra honorable clase.

A bien que el público no necesita de nuestros estímulos para

dudar de la eficacia del noble arte que ejercemos. Siempre y en todas las épocas han estado las masas dispuestas á la duda, y mucho más en estos tiempos positivistas en que se ha perdido la fe en todos los ideales. Sin necesidad de que nosotros añadamos leña al fuego, está bien encendida la horrible hoguera, donde esa hidra de cien mil cabezas, llamada opinión pública, después de quemar su fe en la Medicina, está dispuesta á quemar también á los dispensadores de esta humanitaria Ciencia.

El escepticismo en Medicina.

Hay que convenir después de lo dicho, en que los médicos tenemos buena parte de culpa en el origen de nuestras propias desventuras y en que existen actos profesionales necesitados de rectificación y de enmienda. Pero después de este examen de conciencia y de esta franca confesión que suscribirán, seguramente, con nosotros, muchos profesores sensatos, ha de sernos permitido protestar con toda la fuerza de nuestras convicciones contra la tendencia social, cada día creciente y de todo punto injustificada, de negar la eficacia de la Medicina y su acción benéfica contra las enfermedades en una época, cabalmente, en que la Ciencia ha cumplido todas sus promesas, reconociéndolo así los Poderes públicos, que la colman de atenciones y de recompensas oficiales.

No entra en nuestros propósitos hacer aquí un estudio profundo del escepticismo en Medicina, que ya intentamos en otra antigua publicación. El achaque tiene añeja historia y su dilucidación á través de los tiempos, quitaría al presente trabajo el carácter de actualidad que pretendemos darle, y que debe tener toda obra literaria.

Desde que la Medicina adquirió carácter científico, siempre hubo escépticos; solamente se la consideró infalible en las antiguas civilizaciones semíticas, en las que los médicos, representantes de las ciencias augurales eran considerados como Pontífices y semidioses de aquellas religiones paganas; pero tan pronto como la Escuela de Coos, por medio de su fundador Hipócrates, secularizó la Medicina, sacándola de los templos y quitándola la jerarquía y el carácter sacerdotal, que tan supersticiosa admiración engendraba en las masas, se rompieron los diques del respeto

religioso; desapareció la aureola de que la credulidad y la ignorancia de las gentes la habían rodeado y, entonces, al nacer la Medicina racional, echaron también sus primeras raíces las sectas heréticas más variadas y extravagantes.

Dos siglos antes de Jesucristo, cuando más floreciente estaba la doctrina hipocrática de la Escuela de Coos, el mal espíritu de Pirrón, de aquel filósofo que ha pasado á la posteridad con el poco honroso titulo de padre de escépticos (*Scepticorum pater*), logró marchitar, ya que destruir no pudo, la exuberante vida que, gracias á las sobrenaturales intuiciones del isleño Asclepiade, germi- naba arrogante en el campo, todavía reducido y aún no deslinda- do, de la Medicina; y rota desde entonces la valla que contenía los espíritus á respetuosa distancia de aquella inmortal obra que no alcanzaban á comprender ni á medir, dividiéronse los discípulos de Pirrón en zetéticos, escépticos, eclépticos y aporéticos, y cada cual, imitando las máximas de su digno maestro, dudó de lo que bien le parecía, creando un escepticismo universal tan desconsolador como estéril.

Y menos mal, que, reaccionando después sobre sí mismas algunas de aquellas inteligencias extraviadas, supieron sacar partido de su gran caída y metodizaron la duda, haciendo de ella un *punto de partida*, no un *final de jornada*, como lo entendían los pirronianos, y contribuyendo con esto á restaurar y aun á perfeccionar el edificio médico que casi lograron destruir; porque es indudable, que si la duda como *sistema* y como *fin* es demoleadora y estéril, en cambio, como *principio* y como *método*, constituye un elemento de verdad y un germen de progreso que somos los primeros en reconocer. No va nuestra protesta dirigida contra Sócrates, filosofando, con la duda por método: esta duda, con tendencia á la afirmación, la consideramos como una favorable disposición de espíritu para alcanzar la verdad y distinguirla de los espejismos de la fantasía: nuestras censuras se dirigen á la duda sarcástica, híbrida y estéril de los pirronianos que sólo conduce á la negación absoluta de las verdades más esplendorosas.

Mas como no entra en nuestro plan ni conduce á nuestro ob-

jeto el trazar la historia del escepticismo filosófico, toda vez que lo que nos proponemos es solamente estudiar el escepticismo contemporáneo, que por lo que á la Medicina respecta tiene caracteres propios y exclusivos, no es necesario que hagamos largas excursiones al socorrido campo de la historia, bastando á nuestro propósito dejar sentado que la llaga médico-social de que nos estamos ocupando tiene tanta antigüedad como la Ciencia misma, y que no es, por tanto, como algunos suponen, el fruto de la perversión y de la ingratitud de nuestra época.

No; el desconocimiento de los beneficios y de los progresos de la Medicina; las dudas que acerca de su certidumbre y eficacia existen entre el público y entre los mismos médicos; los ataques violentos de que está siendo víctima por parte de aquellos que tienen más por qué callar, y cuyo tejado es de vidrio débil comparado con el nuestro; las agresiones salvajes contra los médicos en tiempo de epidemia; los fanatismos y las preocupaciones de un vulgo insensato que deifica y erige altares al charlatanismo más soez y á la ignorancia más supina, en tanto que levanta un calvario para los mártires de la abnegación más santa y del heroísmo más sublime; la suprema injusticia, en fin, con que se juzga y trata á la Medicina y á los médicos, no es ni mucho menos un invento reciente.

Los epigramas de Marcial, escritos hace diez y ocho siglos, ya maltrataban á los médicos; Plinio no nos era favorable; Petrarca, Molière y nuestro D. Francisco de Quevedo continuaron esta especie de tradición literaria; Rousseau y Montaigne forjaron violentas diatribas contra Bordeu y otros famosos médicos de su época; el P. Feijóo escribió hace cerca de doscientos años sus ruidosas «Cartas críticas» contra los hijos de Esculapio; el historiador Kurt-Sprengel, que proclamó el escepticismo como meta de los estudios médicos, no era de nuestra época; el Dr. Martín Martínez, autor de la «Filosofía escéptica», fué contemporáneo y colaborador del P. Feijóo; y como resultarían interminables y farragosas tantas citas, remitimos al lector que quiera conocer las diatribas y las calumnias que se han lanzado contra los médicos,

á los curiosos trabajos del Dr. Witkowski que ha reunido en dos volúmenes cuanto malo se ha dicho de nuestra profesión desde los autores griegos y romanos hasta los tiempos de Molière, resultando bien probado por documentos de tan antiguo origen y que sólo por la historia conocemos, que no sería justo echar sobre nuestra época la responsabilidad del descreimiento de la Medicina.

La generación actual no ha creado efectivamente el escepticismo en Medicina: lo que ha hecho es cambiarle de forma y de caracteres, de tal modo, que lo que fué vanal entretenimiento de poetas y reflejo de frívolas preocupaciones de sus épocas en manos de Marcial, de Molière ó de Quevedo; lo que fué con Montaigne y con Rousseau la expresión del despecho que sentían por ver incurables sus propias dolencias, cosa, que á la verdad, debe inspirar más compasión que enojo; lo que en Kurt-Sprengel debe considerarse como una deplorable perturbación mental, nacida del exceso de sus profundas disquisiciones históricas; lo que el reverendo Feijóo y el escéptico Dr. Martín Martínez elevaron á la categoría de cuestión en alto grado filosófica, sujeta á términos silogísticos, precisos, y digna de fijar la atención de los hombres pensadores, ha pasado á ser en estos últimos tiempos ya la bufonada soez, ya el insulto grosero, ya la agresión brutal, y siempre un doloroso sarcasmo y una amarguísima decepción para los que somos víctimas de estas ingratitudes é injusticias.

Antiguamente, los que no creían en la eficacia de la Medicina ó negaban su certidumbre, planteaban sus dudas ó sus negaciones en correcta formación, ajustándose á los preceptos de la lógica, y encastillados tras de sus argumentos, esperaban las razones del contrario; no de otro modo que se plantea y se ha planteado siempre la cuestión de la existencia del alma ó cualquier otro problema filosófico. Por lo que á la Medicina respecta solíanse presentar los argumentos bajo la siguiente forma:

«1.º Desconociéndose la causa de la vida y siendo este conocimiento la base del arte de curar, este arte flaquea por su base.
2.º El médico desconoce la naturaleza y causas de la enfermedad,

y mal puede conocer los efectos. 3.º La Medicina no puede establecer reglas fijas porque nada hay más mudable que la Naturaleza. 4.º No conociendo la esencia ó naturaleza de los remedios que emplea, mal puede el médico saber qué efectos producen. 5.º La experiencia en Medicina es mudable é incierta y no puede servir de regla para la práctica. 6.º Si la Medicina estuviera apoyada sobre bases ciertas y sólidas, su teoría sería siempre la misma y no existiría tanta divergencia de pareceres. 7.º Aunque los médicos lo supieran todo, exigiría este conocimiento tanta penetración y tan grandes cualidades de todo género, que pocos hombres podrían reunir las; resultando, que la Medicina sería un arma ofensiva puesta en manos del charlatanismo y de la ignorancia.»

Así se presentaba en otros tiempos la cuestión del escepticismo en Medicina y así la encontró Cabanis cuando la dió su colosal batalla: tal vez hoy este sabio, que tan á maravilla manejaba la dialéctica, no saliera de igual modo victorioso, porque el escepticismo de nuestros días desconoce por completo la existencia de la lógica.

El escepticismo de los médicos.

«Para estudiar y practicar convenientemente la Medicina es menester conocer su importancia, y para conocer su importancia verdadera es menester creer en ella.»

Estas palabras con las que el célebre médico y filósofo francés Dr. Cabanis encabezó su magna obra sobre el *Grado de certidumbre en Medicina*, entrañan un sentido profundo y constituyen la base moral de la práctica en nuestro arte; porque es indudable, que tanto en el orden ético, como en el físico, nadie que no posea verdadera fe y creencias puede consagrarse con el celo, desinterés y perseverancia necesarios al estudio de la Ciencia que profesa, y mucho menos podrá defenderla de los ataques y censuras que se le dirijan si no tiene sobre su eficacia y virtualidad arraigadas convicciones.

Por esto es indispensable, ante todo, que el médico crea en la Medicina de una manera inteligente y sincera. Nada más dañoso para la religión que un sacerdote sin fe, ni nada más peligroso y cruel para un enfermo que verse entregado á los cuidados de un

médico que no cree en la eficacia de los recursos que emplea ni en los principios de la Ciencia que practica. Por fortuna para la humanidad, el tipo del médico radicalmente escéptico, es bastante raro, pero abunda en cambio entre nosotros el llamado *escepticismo científico* que no es otra cosa sino la expresión de una ignorancia latente, que no ha sabido conquistar la intuición del porvenir, y de un orgullo satánico que rehusa admitir todo aquello que no comprende su limitada inteligencia, olvidando que el verdadero sabio no se atreve á negar nada, limitándose á afirmar que ignora todavía muchas cosas.

En Medicina no pueden cerrarse los ojos á la luz, venga de donde viniere. Considerando que la verdad de mañana está amasada con los errores de ayer y que la Ciencia oficial condenaba á la hoguera hace poco más de un siglo á los que afirmaban hechos científicos, hoy ya indiscutibles y axiomáticos, es necesario que los médicos admitamos sin perjudiciales prevenciones, hasta las hipótesis, cuando son verosímiles y cuando concuerdan con ideas en vías de racional evolución. Pero no basta conque los médicos alimenten en su alma la salvadora esperanza en los recursos y en la eficacia de la más humanitaria y noble de las Ciencias; el médico es un interesante elemento, pero no hay que olvidar que ya Hipócrates dejó consignado en sus magnas obras que todo problema patológico está integrado por tres inseparables factores: el médico, con el conjunto de conocimientos que posee y con su amor á la verdad y á la Ciencia; el enfermo, con su energía vital, sus condiciones morales, su confianza en el médico y su docilidad para someterse á los medios que éste prescriba; y la naturaleza exterior con el influjo de los agentes cósmicos que actúan sin cesar sobre la economía, modificándola en sus actividades.

De aquí la necesidad de atender más que al escepticismo discutible del médico, á las prevenciones y preocupaciones del enfermo y de las familias contra la Medicina y los médicos; no obstante las cuales reclamarán á diario nuestros servicios ante el temor á la enfermedad y á la muerte, á falta, sin duda, de otra cosa mejor á que acudir, ó después de agotar sin resultado los

El escepticismo de los clientes.

recursos que el charlatanismo y la ignorancia brindan de continuo á la humanidad doliente.

Muchos descreídos mueren negándose á recibir los auxilios de la Religión, pero raro es el escéptico que no reclame, aunque sea tarde, los servicios de la Medicina, columbrando sin duda en el obscuro fondo de sus escasas creencias la de que, si los médicos saben poca Medicina, son los únicos que tienen motivos racionales para saber algo de esta Ciencia, y por instinto de conservación acuden al médico en sus trances apurados.

Entre las clases ilustradas de la sociedad son muy frecuentes los casos de este escepticismo superficial que, dando pruebas de carecer en absoluto de espíritu filosófico, han proclamado *ex-cathedra* la inutilidad de la Medicina y que seguirán proclamándola cuando se curen, lo cual no quita para llamar al médico ante el miedo de la enfermedad, del sufrimiento y de la muerte. La Humanidad es así y hay que aceptarla con sus desvarios, con sus inconsecuencias y con sus injusticias: nadie la ve más pequeña y ruin que el médico, toda vez que, así como desaparecen los afeites, las composturas y los prodigiosos efectos de la ortopedia y del tocador cuando la enfermedad nos postra, el alma del enfermo se desposee también de sus cualidades postizas, de su valor fingido, de su magnanimidad aparente y se presenta raquíca y cobarde ante el temor de lo desconocido. Por esto mismo, por las desnudeces físicas y morales que diariamente el médico contempla y calla, los espíritus frívolos y superficiales avergonzados de la debilidad de ánimo de que dieron muestras durante sus vulgares dolencias huyen ingratos del médico que los socorrió en trances angustiosos, viendo en él un testigo de sus desfallecimientos, de sus flaquezas y tal vez de sus ridiculeces.

Por fortuna, nuestra abnegación no para mientes en estas pequeñeces; la enfermedad tiene para nosotros manifestaciones admirables, muchas veces augustas, que embargan, en absoluto, las facultades de nuestra alma, impidiéndonos fijar la atención en detalles de poca monta: tenemos descontadas las debilidades humanas y seguimos nuestro camino pensando y mirando mucho más alto.

Esto aparte, de que al lado de las formas inadmisibles y ridículas del escepticismo hay otras que merecen la más profunda conmiseración y respeto; y aparte también, de que los mismos médicos no estamos exentos de dejarnos arrastrar por las corrientes de la duda al ver incurables nuestras propias dolencias y la de nuestras mujeres y nuestros hijos: la historia registra muchos casos de médicos, que, atacados de tisis, de cáncer ó de dolencias cardíacas desfallecieron en su fe médica al sentir aproximarse su última hora. Los renombrados fisiólogos Bayle y Laennec, devorados por la enfermedad que tan maravillosamente habían estudiado y descrito; y el inmoral Trousseau confirmando en sí propio la exactitud de la relación que él había descubierto entre la *megmasia alba dolens* y el cáncer del estómago, y muriendo, sin embargo, abrazados á la cruz de su fe y de sus creencias médicas, son raros y edificantes ejemplos de grandeza moral y de convicción científica.

Es tan difícil para el hombre, por muy filósofo y muy cristiano que sea, hacer abstracción completa de su personalidad en sus propios juicios; y tan difícil aun para el mismo médico resistir á esta especie de venganza del amor á la vida engañado, que tan naturalmente conduce al hombre á la negación de una Ciencia cuyos beneficios no le alcanzan; encierra esto tanta sublimidad y tanto dolor, que, lejos de merecer vituperio, debe inspirarnos lástima, inclinando el espíritu piadosamente á desear á los desgraciados que tales tormentos sufran, la sustitución de su perdida fe científica por otras virtudes aún más excelsas, cuales son la fe y la resignación cristianas.

El escepticismo en todos los órdenes de ideas, ya sean políticas, sociales ó religiosas, es siempre un síntoma denunciador de la decadencia de las sociedades y de los pueblos; pero tratándose de la Medicina, este escepticismo está llamado á desaparecer en plazo no lejano. Podrá subsistir la falta de fe en el hombre; podrá dudarse de la sabiduría de los médicos; pero forzosa y necesariamente ha de llegar un día en que la sociedad entera aprecie y comprenda los inmensos servicios que las Ciencias médicas prestan, no sólo al individuo aislado y enfermo, sino á la colectividad

humana, protegiendo y defendiendo la salud y la vida, que son los más importantes factores de la riqueza de los pueblos.

Concepto
erróneo de la
Medicina.

El aparente desprestigio de la Medicina tiene su origen en el equivocado concepto que existe todavía acerca del papel del médico en la sociedad. Para la inmensa mayoría de la gentes, la Medicina sigue encerrada en la Patología y en la Terapéutica, siendo su misión la de conocer y tratar las enfermedades; misión en verdad transcendental, caritativa y humanitaria, pero de menor importancia social, sin duda alguna, que la de preservar y evitar las enfermedades de la colectividad. Como la *obra profiláctica* de las Ciencias médicas se realiza calladamente en laboratorios y en gabinetes de estudio, exteriorizándose solamente cuando lleguen las terribles pruebas de las epidemias, pasa casi siempre inadvertida para el vulgo, que sólo ve y juzga la *obra terapéutica* apuntando nuestros aciertos ó nuestras desgracias en el tratamiento de los enfermos, como único elemento de juicio para apreciar el valor profesional de los médicos y el grado de certidumbre de la Medicina. Se nos cuentan escrupulosamente los muertos; se nos regatean los curados; y no se hace mención alguna de los que evitamos que enfermen, porque esos no figuran en ningún registro; y es que las gentes aún no conocen el alcance de esta frase para nosotros corriente: «es más fácil impedir que cien personas enfermen que curar una sola»; como tampoco conocen esta hermosa profecía, escrita por el celeberrimo Dr. Pidoux, muchos años antes de que iluminara la Ciencia con sus resplandores la doctrina microbiológica:

«El porvenir de la Medicina y por consiguiente su verdadero progreso debe buscarse, con preferencia, en la atenuación del número, de la violencia y de la especificidad de las enfermedades á beneficio de las conquistas de la Higiene; en la difusión de la moralidad, de las luces y de las comodidades, más bien que en la *curación* de los males una vez presentados.»

La Medicina
verdadera.

Esta prudente línea de conducta del sabio terapeuta francés se ha adoptado, en absoluto y sin restricciones por la generación médica actual que fía más en las conquistas que pueda hacer sobre

el estado fisiológico, en el sentido de conservarle y perfeccionarle, que en los triunfos que pueda conséguir sobre el organismo, una vez alterado por los padecimientos. A esto, justamente, á dirigir la Medicina hacia la profilaxia, es á lo que actualmente se aspira con el gran desenvolvimiento impreso á la Higiene y á la Bacteriología: esto realizó Jenner con la vacuna; esto han realizado Pasteur con la rabia, Roux y Behring con la difteria y ¡quién sabe, si á estas horas el propio Behring habrá traducido en hechos las halagüeñas esperanzas que ha esbozado en el reciente Congreso médico de París respecto á la aplicación de sus trabajos sobre los animales á la profilaxia y curación de la tuberculosis humana!

Las conquistas logradas por estos derroteros de la Medicina hacia la Higiene, han traído como bienhechora consecuencia un cambio racional de los anticuados procedimientos de defensa contra las epidemias exóticas é indígenas, dando lugar á la nueva *Higiene internacional sanitaria*, redactada en forma de preceptos legales, acordados en las conferencias internacionales; gracias á las nuevas tendencias profilácticas tenemos hoy una *Higiene social* basada en el común interés de librarnos de las enfermedades, manifiestamente evitables; y por igual bienhechor influjo, la *Política sanitaria* que consiste en aplicar los principios de la Medicina y de la Higiene á la gobernación de los pueblos, en cuanto éstos tienen de más interesante, que es la conservación de la salud, la prolongación y mejoramiento de la vida, la disminución de la mortalidad y el perfeccionamiento de la raza, forma ya parte integrante del programa de todos los partidos políticos, que buscan en nuestra Ciencia la solución de los más áridos problemas sociales y económicos, puesto que, nada hay más caro ni más ruinoso para las naciones que la enfermedad y la muerte.

Ya pueden convencerse los que aún consideran á la Medicina encerrada solamente dentro de los moldes de la Patología y de la Terapéutica que la misión del médico es mucho más extensa y que su campo de acción es dilatadísimo; como asimismo podrán convencerse, al ver los nuevos rumbos que toma la Medicina ha-

cia la profilaxia, de que ninguna otra profesión la iguala en nobleza ni en desinterés, puesto que, á la abnegación de colmar de favores á los mismos que niegan sus beneficios, une la generosidad, que supone, su bizarro intento de suprimir las enfermedades que, al fin y al cabo, son el objeto de nuestra cotidiana labor y la fuente que, á bien duro coste, nos proporciona los medios materiales de subsistencia.

«La Medicina del porvenir—ha dicho Gimeno en su magistral discurso, antes citado—la Higiene, la que no piensa en curar, sino en precaver; la que ansía, constante y decidida, suprimir la enfermedad; Diosa que pretende reducir á la nada á sus sacerdotes de ahora; madre que piensa en comerse á sus propios hijos..... es la única Ciencia que trabaja por morderse la cola, y si lo consiguiera, extinguiendo la enfermedad, habría hecho inútiles las drogas; y el médico clásico, el único que el vulgo conoce, simple administrador de remedios, habría muerto á manos de la propia Medicina.»

Por la oportunidad del argumento no será ocioso que transcribamos aquí los siguientes párrafos tomados de un discurso leído en esta Real Academia por el ilustre paidópata, ya difunto, doctor D. Mariano Benavente:

«¿Se ha dado en algún tiempo el caso de que los fabricantes y armadores de buques hayan escrito acerca de los peligros que corren los que viajan por mar, para que la gente no se embarque y camine por tierra siempre que sea posible?

¿Ha existido ó existe alguna empresa de ferrocarriles que sostenga y defienda públicamente las ventajas de los viajes por mar, en diligencia ó en coche de colleras, para no exponerse á los descarrilamientos y choques de los trenes?

¿Dónde están los negociantes, los industriales, los artistas, las clases sociales, en fin, que peroran y escriben contra sus intereses, defendiendo la conveniencia y el interés de los demás?

La clase médica es la única, aunque pese á los ingratos escépticos, que trabaja y escribe con la mayor abnegación y el más noble desinterés para evitar en lo posible las enfermedades epidé-

micas y comunes, para disminuir el número de las visitas y para mermar el fruto de su penosa y amarga profesión».

La Medicina es efectivamente desinteresada y generosa. Pierden el tiempo los que mirando con ojos de malicia los resultados numéricos que alcanzan algunos profesores, especialmente los cirujanos, con el ejercicio de la profesión, encuentran motivo para hablar de explotación de los enfermos, de faltas de generosidad para con los que padecen, pretendiendo desconocer que los médicos más renombrados, los más mimados por la suerte, aquellos cuya fortuna, mirada siempre con lentes de aumento, provoca envidia y maledicencia, son los primeros en dedicar gratuitamente á los desgraciados una buena parte de su actividad y de su tiempo, no quedándose atrás cuando hay motivos de peligro ni retrocediendo jamás ante los temores de contagio; confirmando con estos ejemplos que no hay otra profesión cuyo medio social ofrezca más arraigados los sentimientos de sacrificio, de abnegación y de solidaridad que la benemérita clase médica.

Poco espacio nos queda si hemos de reducir este trabajo á sus tasadas proporciones para estudiar otras rémoras de orden social que entorpecen actualmente el ordenado ejercicio de la profesión médica y que indicaremos de un modo somero.

Figura, entre ella, la indigesta erudición médica de los clientes que no sólo nos piden hoy que les curemos, sino que solicitan explicación detallada del mecanismo, en virtud del cual han de curarse, y discuten con los médicos el pro y el contra de los medicamentos que se les propinan.

Preocupaciones vulgares

Abundan efectivamente los espíritus aprensivos que se dedican á leer, sin preparación alguna, libros, folletos, anuncios y reclamos relacionados con la Medicina, engendrando con estas lecturas tal barullo mental en su cerebro que no sólo aumentan sus torturas, sino que perturban con objeciones enfadosas la tranquilidad de raciocinio que el médico necesita tener para formar cabal juicio de las dolencias de su clientela.

Tratándose de asuntos médicos no hay término medio: de no conocer la Medicina fundamentalmente, conviene más ignorarlo

todo y entregarse por completo á la discreción de un médico que merezca confianza. Así nos entregamos los mismos médicos cuando nos falta serenidad de juicio para apreciar nuestros propios males ó los de nuestros allegados, no discutiendo con el compañero, sino aceptando y cumpliendo sus prescripciones.

Todos los medicamentos tienen hoy su historia calumniosa: á los yoduros se los rechaza porque acortan la vista; á los bromuros, porque embotan el cerebro; á los calomelanos, porque destrozan los dientes; á la quinina, porque produce sordera; á los salicilatos, porque irritan el estómago; á los arsenicales, porque hacen engordar; y de seguir las inspiraciones de muchos clientes llegaríamos al nihilismo terapéutico, si el médico no tuviese autoridad para imponer su opinión; pero, aun imponiéndola, como casi siempre ocurre, resultará, en definitiva, que, sin que la Ciencia gane nada, se pierde lastimosamente el tiempo, que es el único patrimonio positivo y la única fortuna de la mayor parte de los médicos.

No pretendemos, entiéndase bien, restablecer en el ejercicio profesional antiguos procedimientos esotéricos que hacían vivir al enfermo en perpetuo engaño y al médico en constante farsa: sólo admitimos como compatible con la dignidad de la Ciencia el esoterismo compasivo encaminado á ocultar la verdad de su situación á los enfermos atacados de dolencias incurables y cuya justificación se patentiza, en los sentimientos piadosos que la inspira; pero hemos de confesar noblemente que hay en la práctica médica muchas ocasiones de desmayo profesional en las que experimenta el alma instintiva inclinación al retroceso, resurgiendo en ella la figura histórica de aquellos antiguos y felices médicos que recetaban en latín, hablaban poco, no prescindían jamás de un tecnicismo incomprensible y hasta disimulaban las impresiones de su semblante con doradas é innecesarias gafas.

Cualidades
morales del
médico.

El médico debe ser indulgente y misericordioso con las creencias de sus clientes, así le parezcan éstas á veces descabelladas y absurdas: en el fondo de los fanatismos y de las supersticiones de los enfermos encontraremos, en ocasiones, poderosos recursos sugestivos para levantar su moral y obtener su curación; pero estas

contemplaciones y miramientos han de tener, por necesarios límites, la dignidad del profesor que nunca debe comprometerse y el daño del enfermo que hay que evitar á toda costa.

Para llegar á este justo medio es indispensable que el médico posea en alto grado una cualidad moral que nunca es espontánea y cuya adquisición exige, casi siempre, enorme sacrificio: esta cualidad es la paciencia. La posesión de esta virtud médica significa un completo dominio de la voluntad que ha de estar en nosotros perfectamente disciplinada y dispuesta siempre al sacrificio.

El médico que no consiga la conquista de la paciencia debiera renunciar al ejercicio profesional, porque no sabrá nunca escuchar con fruto los relatos prolijos y monótonos de los enfermos que no quieren omitir ningún detalle, considerándolos todos de la más alta importancia para el esclarecimiento de sus males; y si el médico no presta atención á las historias narradas por los pacientes, y si á la vez que la paciencia no tiene cultivada la memoria que le permita satisfacer el espíritu de sus enfermos, que gustan y agradecen mucho que el médico se acuerde siempre de sus detalles personales, pierde con seguridad elementos interesantes para el diagnóstico de la dolencia y muy especialmente para el estudio psicológico de la personalidad completa del enfermo y del ambiente que le rodea.

Por eso, además de la memoria y de un gran número de dotes intelectuales é instructivas, la paciencia ha de figurar entre las cualidades morales del médico, al lado de la bondad, de la honradez, de la indulgencia, de la dignidad y del valor.



III

Hablar de necesidades y de malestar económico en esta Real Academia, donde están congregados los príncipes de la Ciencia, los mimados por la fortuna y por el éxito, resulta, de primera impresión, un contrasentido.

CRISIS ECONÓMICA DE LA MEDICINA.

Y sin embargo, es aquí, precisamente aquí, donde deben ventilarse las cuestiones relacionadas con el mejoramiento material de la clase médica, por lo mismo que en el seno de esta Corporación se halla reunido el elemento director é influyente de nuestra profesión, al que corresponde buscar soluciones para los múltiples problemas que actualmente dificultan el decoroso ejercicio de la Medicina.

La inexorable ley de la oferta y la demanda rige también los destinos financieros de nuestra profesión: el número de médicos ha aumentado considerablemente en estos últimos años; el de enfermos retribuyentes va disminuyendo; y este exceso de concurrencia profesional origina la depreciación del servicio y engendra hondo trastorno en la vida económica de los médicos (1).

Aumento del número de médicos.

Las necesidades de la vida social son cada día mayores y más caras, y las tarifas, los sueldos y los emolumentos de los servicios, no han cambiado proporcionalmente en los últimos treinta años, constituyendo en esto la Medicina una verdadera excepción entre todas las profesiones y oficios; siendo también digno de no-

(1) Según resulta de una estadística reciente, publicada por el Dr. Vindevogel en la Revista belga *Le Médicin*, España es el país de Europa que cuenta con mayor número de médicos, correspondiendo 71 por cada 100.000 habitantes. Siguen por orden, Italia con 63; Inglaterra con 61; Bélgica con 52; Alemania con 51, Austria con 41; Francia con 39 y Rusia con 27.

tarse que los únicos servicios que pueden reclamarse sin llevar por delante el estipendio, son los que se refieren á nuestra profesión.

El ideal económico.

Sería de desear que todos los médicos pudieran poner á la puerta de su despacho el *Lucri neglecti lucrum* que se leía en el frontispicio de la casa de Jerónimo Fabricio de Aquapendente y que tanta fama, tantos honores y tantas riquezas proporcionó á este gran cirujano de la Universidad de Pádua, discípulo de Vesalio y maestro de Harvey; pero desgraciadamente, la vida se compone para los médicos, como para los demás mortales, de pesetas y de céntimos, y la triste necesidad de comer domina á todos los idealismos filantrópicos.

Raro será el médico que en los comienzos de su práctica no haya sentido los escrúpulos del bondadoso doctor descrito por Voltaire, que recibía el dinero con disgusto, buscando siempre motivos para eludir el cobro de sus visitas. El ideal sería efectivamente no recibir dinero por servicios tan delicados y especiales, que, en rigor de verdad, no son cotizables: la imperiosa necesidad del dinero para los fines de la vida aminora el mérito de nuestra labor, y ella es la causa de casi todas las cuestiones desagradables que surgen en el ejercicio profesional, separando en ocasiones, al médico y al cliente. Ciertamente es que jamás negamos nuestro servicio gratuito al menesteroso, y raro es el médico, por encoquetado que sea, que no tenga algún tiempo de consulta gratuita para los pobres en el hospital ó en su casa: si todas las profesiones, artes, industrias y oficios procedieran con igual generosidad, la situación de los pobres sería menos angustiosa; pero todo esto se olvida, muchas veces, á la presentación de una minuta, así sea ésta justificada y razonable. La nota diaria ó semanal de los abastecedores de una familia se considera, y lo es, como un accidente indispensable de la vida doméstica: la minuta anual del médico, produce, casi siempre, una perturbación inesperada, rayana en la sorpresa. Así es la vida, así es la sociedad y este es el carácter excepcional y especialísimo de nuestra profesión. ¡Lástima que los médicos sin perder su vocación al sacrificio no pudie-

ran ser millonarios para dar siempre gratuitamente sus servicios y auxiliar, además, pecuniariamente á los necesitados!

No es que se desconozca entre nosotros el significado y la filosofía que entraña el lema del famoso anatómico de Aquapendente: todos sabemos que el lucro estriba cabalmente en renunciar á él en muchas ocasiones; sabemos también que en Medicina no hay ningún trabajo improductivo, por estéril que nos parezca y por modesto que sea el cliente que reciba nuestros cuidados; pero es que hay muchos médicos, muchos, señores académicos, que no tienen cliente rico, ni pobre, á quien cuidar.

El proletaria-
do médico.

Por desgracia, existen en todas las naciones numerosos médicos sin ocupación y sin medios de fortuna, que constituyen el más denso núcleo de ese proletariado de levita que, vive muriendo, en todas las grandes poblaciones, silencioso y callado hasta el presente, pero que encierra en su seno un gravísimo peligro social para el porvenir.

En el Congreso Internacional de Medicina profesional, celebrado en París en 1900, se dieron á conocer espeluznantes detalles acerca de la triste vida que arrastran numerosos médicos en todas las capitales de Europa, viéndose muchos obligados á mendigar por las calles, á dormir en los asilos nocturnos ó en el quicio de las puertas y á morir ignorados, víctimas de la miseria, en los mismos hospitales donde siguieron sus estudios. El pudor de la desgracia, la mayor facilidad de pasar inadvertidos y la vaga esperanza de encontrar trabajo en su profesión ó en otra cualquiera, lleva á los médicos desheredados á los centros populosos, después de agotar sus energías en los esquilados distritos rurales, donde si bien no faltan enfermos, resulta imposible sostener un médico por la pobreza de sus habitantes.

España no exhibió sus lacerías en aquel Congreso, pero puede muy bien suscribir cuanto en él se dijo acerca de las desventuras de la clase, porque aquí también están abarrotadas de médicos las poblaciones importantes, en las que existe, con tal motivo, una lucha sorda é incruenta que origina bastantes víctimas, figurando entre los lisiados el decoro profesional.

Estas luchas intestinas y las condiciones perniciosas en que se realiza el ejercicio de nuestra profesión, con terribles desgastes nerviosos é inaguantables emociones, acorta la vida de los médicos y origina, entre ellos, una cifra de mortalidad enorme, la mayor de todas las profesiones liberales, que no sólo destruye en flor hermosas esperanzas, sino que deja en pos de sí una falange desdichada de viudas y de huérfanos en el más absoluto abandono, pues sobre ser nuestra clase prolífica en extremo, carecemos de todo espíritu de previsión y no hay entre nosotros más que embrionarias asociaciones de mutuo socorro apuntando apenas un naciente espíritu de solidaridad económica, que á toda costa es menester fomentar.

Pasividad del Estado.

El Estado, por su parte, nada hace tampoco á pesar de constantes y bien intencionados estímulos para subvenir á las obligaciones sagradas que hace muchos años tiene contraídas con las viudas é hijos de los médicos que perecen víctimas del cumplimiento de su deber, contagiados de las epidemias á que heroicamente asisten; si estas obligaciones se cumplieran remediáranse no pocas desgracias, pues el cincuenta por ciento de la mortalidad de los médicos obedece á enfermedades infecciosas adquiridas, en su mayoría, por contagio.

Esta Real Academia es buen testigo del grado de miseria en que se encuentran viudas y huérfanos de beneméritos profesores que murieron víctimas del cumplimiento de su deber, pues á ella acuden anualmente en busca del modesto premio metálico creado para este objeto por la filantropía del Dr. D. Pedro M.^a Rubio multitud de infelices mujeres, que habiendo disfrutado de las consideraciones y del relativo bienestar del hogar médico, tienen que apelar hoy á la caridad pública para poder vivir.

Oropes de la profesión.

Pero estas amargas y silenciosas desventuras de nuestra abnegada clase no trascienden, por lo visto, al público, que en cambio se percata diariamente del éxito profesional y lucrativo de las grandes operaciones quirúrgicas; de la resonancia de los descubrimientos científicos, que el vulgo acepta siempre como maravillosos é indiscutibles; de las pingües ganancias de algunos profe-

sores privilegiados, y estos oropeles de la Medicina y el concepto que goza de ser una profesión *muy socorrida*, induce á muchísimas familias á elegir la carrera médica para sus hijos, con el beneplácito de éstos, que, sin examinar si tienen ó no vocación de mártires, esperan recoger gloria y provecho de nuestra menguada profesión.

Los desencantos suelen ser tan terribles como irremediables, pues si las desconsoladoras doctrinas de Malthus no tienen, en general, confirmación frecuente, la encuentran muy cumplida entre la clase médica, toda vez que «en el banquete de nuestra vida profesional sobran, efectivamente, invitados».

Se forman cálculos imaginarios sobre la extensión de nuestro territorio y el número de sus habitantes, olvidando un factor esencialísimo, que es el malestar económico del país; de poco sirve que la población sea numerosa y que en ella se ceban las enfermedades si la falta de recursos de los habitantes les hace considerar al médico como artículo de lujo, prescindiendo de servicios que no pueden, en modo alguno, retribuir; y esto cabalmente ocurre en extensas comarcas españolas, á pesar de disposiciones legislativas concluyentes y previsoras.

Tenemos, pues, un gran competidor en la miseria pública; y de éste y de otra multitud de escollos y de desilusiones que han de encontrar los futuros médicos en su camino, debiera advertirseles al principio de la carrera para evitar funestos desengaños. Hay que prevenirles también contra las dificultades y exigencias de la época presente que no se aviene con las medianías, y exige, amparada por la gran concurrencia que en todas las profesiones existe, tal caudal de conocimientos y tan extraordinarias aptitudes, que sólo pueden conquistarse á expensas de un trabajo enorme, al que nuestra juventud no se muestra muy propicia; resultando de aquí, que ha de parecerle árdua la vida, largo el camino y el éxito difícil de alcanzar.

En Francia, se ha ocupado el Parlamento de la excesiva concurrencia de alumnos en las Facultades de Medicina, incompatible con una buena enseñanza, dictándose hace diez años una circular

ministerial dirigida á los jefes de los Establecimientos docentes de enseñanza secundaria, llamando su atención sobre los numerosos inconvenientes de la creciente inclinación de la juventud hacia la carrera médica, cuya disposición ministerial ha producido, aunque poco, algún resultado.

Se ha intentado también, limitar potestativamente el ingreso en las Facultades de Francia; pero estas tentativas, que arrancan nada menos que del memorable Congreso Médico de París de 1845, han fracasado siempre ante el respeto debido á la libertad individual y por ser esta limitación opuesta, en absoluto, á las costumbres y á las instituciones: en Medicina, especialmente, la limitación no puede consistir en otra cosa que en el rigor progresivo de las pruebas que han de exigirse á los candidatos.

Equivocaciones lamentables.

El saludable aviso lanzado aquí, muchos años hace, al grito de *más industriales y menos doctores*, lejos de encontrar eco razonable en las familias, parece que ha aumentado la afición de lanzar á la juventud á las carreras literarias y científicas.

Parecía natural que la clase media, avisada y trabajadora; la que á fuerza de energía y de ahorro ha logrado conquistar una posición desahogada, procurase hacer de sus descendientes los continuadores de su obra productiva dedicándoles al comercio, á la industria ó á la agricultura que le proporcionó sus riquezas; pero lejos de esto y estimulada sin duda por la vanidad de ver á sus hijos ocupando mejores posiciones sociales que las suyas, los saca de su centro, para que conquisten títulos científicos y literarios, sin pensar que, al proceder así, abandonan lo seguro por lo problemático; y este afán inmoderado por las carreras universitarias, trae consigo en todas ellas una crisis difícilísima, nacida de la larga espera y abundantes decepciones que preceden al éxito, cuando el éxito corona la labor.

Aquí, por de pronto, hacemos á todos los niños bachilleres á los catorce ó quince años; pero lejos de procurar que estos estudios de segunda enseñanza sirvan de instrumento de trabajo, encaminándolos por su carácter enciclopédico á hacer de ellos una gimnástica intelectual que proporcione al espíritu facilidad y aptitud para

recibir después una superior cultura, con fines ó sin fines profesionales ulteriores; nadie, ni los mismos maestros les conceden entre nosotros importancia alguna y sólo se consideran como un portazgo que es preciso pagar, para franquear los umbrales de la Universidad ó los de las Escuelas especiales, en las que, con tan liviana preparación, pocos triunfos podrán conquistarse.

Y eso que aquí los estudios del bachillerato están bastante bien planeados, comprendiendo latín, francés, literatura, filosofía y ciencias exactas, físicas y naturales, todos los elementos pedagógicos, en suma, que pueden servir para investigar las aficiones y aptitudes de los alumnos á fin de orientarles para la elección de carrera; pero de nada sirve planear bien, si se ejecuta mal, y nuestros bachilleres, con rarísimas excepciones, no sólo no conquistan conocimientos de utilidad para la vida, sino que adquieren, á lo sumo, una erudición superficial y pedantesca, bajo un régimen pedagógico notoriamente abominable. En España, doloroso es decirlo, el bachillerato no sirve para nada, ni prepara para ningún fin práctico de la vida.

Y hacemos estas consideraciones, que tal vez parezcan en este sitio inoportunas, inspirándolas en un estudio del Dr. Brouardel que al quejarse en nombre del Cuerpo médico francés del considerable aumento del número de sus miembros, desproporcionado con las necesidades de la población de la República vecina, se lamenta también de que los nuevos doctores no salen de las Facultades suficientemente preparados para llenar el importante fin social á que su título los destina, atribuyendo, principalmente esta deficiencia, á las reformas hechas en su país en los estudios del bachillerato. Existen en Francia cuatro tipos de bachillerato: uno con predominio del latín y griego; otro con latín y lenguas vivas; el tercero con latín y ciencias y el cuarto con lenguas vivas y ciencias, sin nada de latín ni griego.

Este cuarto tipo es el exigido actualmente para empezar los estudios médicos, siendo así que hasta 1885 se exigía además el bachillerato clásico con latín, griego y filosofía.

La restauración del antiguo sistema, del bachillerato clásico y

científico á la vez, es lo que reclama con sólidas razones el doctor Brouardel para aquellos alumnos que enderecen sus pasos hacia la Medicina, puesto que el ejercicio de nuestro arte exige, á la vez que los conocimientos científicos más variados, una finura de observación y un conjunto de cualidades intelectuales y morales que no pueden adquirirse con el estudio exclusivo de las Ciencias.

Característica de los estudios médicos.

El carácter absoluto y rígido de las verdades científicas, ya sean matemáticas ó físicas difiere en sus procedimientos de investigación del método variable, relativo y circunstancial que necesitamos emplear en los problemas médicos donde nada fijo y estable existe, y, por eso, son más afines á nuestra Ciencia y preparan mejor el aprendizaje médico los estudios literarios y filosóficos que tienen también carácter circunstancial y variable como los de la Medicina. De ahí la necesidad de que para ingresar en la Facultad de Medicina se pretenda exigir á los aspirantes la previa posesión de todos los conocimientos literarios y filosóficos que garanticen la sagacidad del juicio, de la observación, de la comparación y de la síntesis que precisamos en todo momento para hacernos cargo de las condiciones personales del enfermo en lo físico y en lo moral.

Esta legítima pretensión no la formulan solamente los autores franceses, sino los alemanes, los americanos, los ingleses; y no necesitaríamos los españoles suscribirla si nuestro bachillerato que, teóricamente, abarca dos secciones muy completas de letras y de ciencias, se enseñase en los Institutos con el desenvolvimiento, la extensión, y el carácter pedagógico indispensables para asegurar su utilidad y eficacia, cosa que no puede ocurrir mientras no se exija una preparación más sólida para ingresar en la segunda enseñanza; mayor edad que los diez años á que hoy se ingresa y un carácter más práctico, menos sermonista, menos rígido, menos universitario y más atrayente y adecuado á las condiciones de los alumnos que cursan la enseñanza secundaria.

Toda esta preparación es esencialísima para estudiar Medicina con fruto y el que no la posee, al entrar en la Facultad, no la adquirirá después sin un gran esfuerzo; y como no basta que el médico sepa diagnosticar las enfermedades y conozca su tratamien-

to sino que ha de encontrarse cada día en la práctica de la profesión con problemas morales y sociales de la más alta importancia; como puede contraer á menudo grandes responsabilidades, necesita poseer para la resolución de estos problemas una gran cultura moral, filosófica y literaria si ha de estar á la altura de su delicada misión. El público juzga á los médicos más que por sus conocimientos científicos, en los cuales no tiene competencia, por su conducta social, por el respeto que inspira, por la dignidad que manifiesta; y como esto es rigurosamente exacto, debemos ambicionar, sobre todo, la conquista de las simpatías y el respeto de los clientes, más que como médicos como hombres, por las condiciones personales de sencillez y de cultura que la sociedad tiene derecho perfecto á exigir de nosotros; y estas conquistas serán tanto más fáciles y duraderas cuanto más enciclopédica y más atractiva resulte la educación del médico, no sólo en el terreno de su propia Ciencia sino en asuntos de instrucción extra-profesional, como los literarios, filológicos, sociológicos y artísticos, sin excluir los referentes á la música y á la poesía, que, según demostró prácticamente Dechambre, cuadran perfectamente con la especial organización de un cerebro médico bien distribuido.

Por el olvido de estos preceptos se explica, si no se justifica, el fracaso económico de muchos profesores, que poseyendo innegables conocimientos científicos, no se han dado exacta cuenta de que esto no basta para ser un médico completo, si no va acompañado de una educación esmerada y de una cultura general relevante, superior á ser posible, á la del cliente.

Demostrado queda á nuestro juicio que hay exceso de médicos; explicadas, prolija y pesadamente, de intento, desde sus hondas raíces, las razones que existen para sospechar que al exceso de producción tal vez haya que agregar cierta inferioridad de calidad del producto, y ahora toca estudiar la disminución que ha sufrido el número de enfermos y las causas que pueden explicarla.

Disminución
de enfermos.

Las iniciativas generosas de los médicos, en su afán incesante por perfeccionar la profilaxia; la vulgarización de las prácticas de Higiene, y las racionales medidas inspiradas en los descubrimien-

tos de Pasteur contra las dolencias endémicas y epidémicas, han traído como lógica consecuencia la disminución visible de las enfermedades.

Afortunadamente las epidemias no revisten ya, gracias á esto, el carácter apocalíptico de los tiempos medioevales; y los médicos no han de desmayar en su empeño laudable de borrar de los cuadros nosológicos las palabras peste bubónica, lepra, cólera, tifus, paludismo, como se han casi borrado en los pueblos cultos la viruela, la rabia y la difteria, gracias á los bienhechores descubrimientos de Jenner, de Pasteur y de Behring.

No pretendemos quejarnos de las mermas de trabajo originadas por estas causas, dándonos por sobradamente recompensados con el honor que cabe á la Medicina en sus conquistas contra los estragos de las epidemias y con las victorias de la Ciencia contra las enfermedades infecciosas.

Las asociaciones mutua-
listas.

Pero hay otras causas de no tan elevado origen que restringen el campo de acción del médico, obligándole á sujetarse en el ejercicio de la profesión á limitaciones de libertad, no siempre convenientes y honorables: nos referimos á las asociaciones de socorros mutuos y á los sindicatos que en nuestro país, y sobre todo en las grandes poblaciones, van ya organizándose á impulso de las corrientes de solidaridad social que han hecho verdaderos milagros en Bélgica y en Francia, pero que nacen conculcadas y mal dirigadas en nuestra nación.

Lejos de oponernos los médicos á la realización de la obra social en lo que ésta tiene de altruista y de caritativa, en lo que se refiere al mejoramiento de los desheredados y á la protección de los débiles, hemos, por el contrario, concurrido con nuestras filantrópicas ideas y con nuestra ayuda personal á la constitución de las asociaciones bienhechoras que tienen por misión el socorro y la ayuda del menesteroso, puesto que conocemos mejor que nadie las duras condiciones de la vida obrera, en cuya intimidad vivimos, y la transcendencia que la enfermedad y la muerte entrañan en una familia jornalera.

Pero es que al lado de estas sociedades verdaderamente bené-

ficas, que quisiéramos ver multiplicadas al amparo de una legislación previsorá que todavía no existe en España, se constituyen otras asociaciones de aparente carácter gremial, que admiten dentro de su seno todo género de personas que, al amparo del mutualismo, buscan principal y casi exclusivamente una asistencia médico-farmacéutica competente y barata cuando todos y cada uno de sus individuos están en condiciones económicas de remunerar en debida forma los servicios médicos y farmacéuticos que obtienen con tan pequeño esfuerzo. Estas agrupaciones, constituidas por clases bien acomodadas de industriales y comerciantes, restan á los médicos clientela; retribuyen á los profesores encargados de su asistencia con un sueldo anual insignificante ó con un tanto por visita indecoroso; y facilitan, además, el camino para que otras sociedades de más bajos vuelos, explotadas por avispados industriales y que solamente tienen de benéfico el nombre, exploten miserablemente á los médicos y á incautas familias de la clase media, que tratando de ponerse al abrigo de las contingencias de una enfermedad, corren el riesgo de perder la vida con una deficiente asistencia y con el uso de medicamentos, que no pueden ser buenos, servidos á tan exiguo precio.

En este interesante asunto, forzoso es confesar que los propios médicos son los causantes de los daños que sufren; pues si en vez de acudir apresuradamente á solicitar cualquier vacante que estas sociedades anuncian, imitaran la conducta de los comerciantes é industriales agremiados que esperan en su domicilio social las pretensiones y requerimientos de los profesores, para someter á éstos á su voluntad y á su capricho, no se daría el bochornoso espectáculo de que gentes legas en la Medicina, actuando de tribunal calificador, clasifiquen á su antojo los expedientes de los candidatos, acabando por imponer á los favorecidos las más onerosas condiciones.

Tenemos los médicos mucho que aprender, en este sentido, de cualquier agrupación obrera: los picapedreros y los carpinteros se asocian para dignificar, en la unión, su arte y para evitar á toda costa la depreciación de su trabajo: los profesionales, sin espíritu

Complicidad
de los médicos.

alguno de solidaridad, entablan suicidas pugilatos para quitar el puesto al compañero, ofreciendo vergonzosas rebajas de estipendio y abdicación completa de su decoro. Esta declaración resulta dolorosa, pero cierta.

La Academia recordará sin duda la información oficial abierta hace tres años por la Dirección general de Sanidad acerca de las sociedades mal llamadas benéficas existentes en esta Corte y de la multitud de consultorios é institutos abiertos al público con títulos más ó menos pomposos, y no habrá olvidado seguramente los horrores que con inusitada y laudable valentía digna de ser imitada denunciaron los Dres. Listrán, Mediano, Torrecilla, Murillo y Siboni, encargados de practicar á las órdenes del Gobernador civil aquella información, de la que ¡triste es decirlo! no ha quedado otra huella que un interesante folleto publicado por la Dirección general de Sanidad, conteniendo las actas de las visitas de inspección precedidas de un hermoso estudio del Dr. Pulido sobre el verdadero y el falso mutualismo, puesto que por deficiencias de nuestras leyes sobre el ejercicio ilegal de la Medicina ó por contemplaciones de las autoridades encargadas de castigar los delitos sanitarios, siguen las cosas poco más ó menos en la situación irregular en que en aquella fecha se encontraban.

La obra social; sus leyes protectoras.

Las corrientes de solidaridad social y de beneficencia á que antes nos hemos referido han traído como lógica consecuencia en todos los países la intervención del Estado en las cuestiones médico-sociales, promulgándose leyes como la de Accidentes del trabajo y la de Protección á la infancia que giran sobre un eje, exclusivamente médico, puesto que sin nuestro concurso estas leyes serían inaplicables.

Nuestra ley sobre responsabilidad en casos de Accidentes del trabajo de 30 de Enero de 1900, ha traído, por de pronto, alguna perturbación en nuestras costumbres profesionales, obligándonos á todos los médicos á adaptar nuestros conocimientos á las exigencias de la ley para evitarnos posibles responsabilidades y situaciones comprometidas, puesto que todos podemos vernos obligados en cualquier momento á intervenir en alguno de los múlti-

ples y difíciles problemas médico-quirúrgicos á que puede dar lugar la aplicación de lo legislado sobre esta rama nueva de la Medicina, corriendo el riesgo de comprometer la reputación sin la esperanza de recompensa pecuniaria proporcionada. La práctica y el transcurso del tiempo irán formando el núcleo de profesores especialistas en estos asuntos del riesgo profesional de los trabajadores, que bien merecen, por su complejidad, especial estudio, puesto que se rozan con las más delicadas cuestiones médicas y quirúrgicas; pero entre tanto, más bien que un beneficio resulta la ley una nueva carga para los médicos.

A la promulgación de esta ley ha seguido un rápido desenvolvimiento de las compañías aseguradoras contra el *riesgo profesional*, cuyos médicos mezquinamente retribuidos, por lo general, son los encargados de curar á los siniestrados ó de vigilar su tratamiento en los hospitales, enfermerías ó en su domicilio particular; necesitando para llenar su misión no sólo un gran caudal de conocimientos, sino también un tacto exquisito para establecer una línea de conducta, ajustada á las prescripciones de la ética profesional, para con los demás compañeros que, por las funciones de sus cargos, intervengan en el tratamiento de los lesionados.

Como resultado definitivo, bien puede asegurarse, que la nueva ley que carga á los médicos de deberes, agrava, más que mejora, la crisis que venimos estudiando.

Y respecto á la novísima *Ley de Protección á la infancia*, promulgada en 12 de Agosto de 1904, poco podemos decir, toda vez que aún no se encuentra en pleno vigor, habiéndose constituido hace pocos días el Consejo Superior de Protección á la Infancia encargado de la reglamentación y ejecución de la ley, cuyos trabajos preparatorios aún no ha terminado.

Desde luego puede afirmarse que esta humanitaria ley debida principalmente á la iniciativa y á la perseverancia admirables de nuestro compañero el Dr. Tolosa Latour y á la fecunda labor parlamentaria del Senador médico Dr. Gimeno, resulta más completa y perfecta que la ley Roussel que sobre el mismo objeto rige en Francia desde el 23 de Diciembre de 1874, toda vez que ésta

sólo se refiere á los niños menores de dos años confiados á nodriza asalariada, fuera del domicilio de sus padres, y la protección de la nueva ley española alcanza hasta los diez años de edad.

Esta ley, cuya médula es esencialmente médica, puesto que se apoya en reconocimientos facultativos de niños y nodrizas y en la inspección médica frecuente de los mismos, no ha de proporcionar ganancia material alguna á nuestra profesión, cargándola en cambio de responsabilidades; pero todo esto hemos de darlo los médicos por bien empleado, á cambio de la honrosa confianza que en nosotros depositan los Poderes públicos y de la gloria que ha de alcanzarnos si conseguimos, como es de esperar, disminuir la cifra horrenda de mortalidad infantil que figura en nuestras estadísticas y que constituye una sangría suelta para nuestra pobre patria.

Hospitales,
consultorios y
dispensarios.

Restan también elementos de clientela y de vida á los médicos de las capitales las numerosas é importantes consultas gratuitas establecidas en las Facultades, hospitales, asilos, dispensarios y clínicas particulares; pues á la sombra de innumerables infelices que en estos consultorios reciben los servicios de acreditados profesores, entran multitud de falsos pobres que podrían pagar muy bien la asistencia médica ó la intervención quirúrgica que se les facilita, con menoscabo, casi siempre, de los derechos de los verdaderamente necesitados. No es menester que ilustremos el aserto con diarios ejemplos que están en la mente de todos; no hemos de citar tampoco las razones alegadas en Congresos Internacionales, en libros y en conferencias, en pro y en contra de la utilidad de estas consultas públicas; respetamos las razones que existan para no exigir un atestado de pobreza á los que reclaman estos servicios gratuitos; pero debemos hacer notar que los verdaderos pobres resultan víctimas de la poca delicadeza de los que no lo son y que los médicos salen indudablemente perjudicados en sus intereses, sin aumento de su prestigio, que es lo que se trataba de demostrar.

Los médicos
rurales.

Podríamos ser tachados de parciales si en este estudio de la crisis económica de la clase médica nos refiriésemos exclusivamente

á las causas que agravan esta crisis en los grandes centros de población. Es peor aún la situación de los médicos de los pequeños centros y la de los que sufren y trabajan en los distritos rurales, pues repercutiendo sobre ellos muchas de las causas analizadas, incluso la de las sociedades aparentemente filantrópicas, que por todas partes apuntan, tienen además en su contra el aislamiento y la sujeción en que viven.

La desventurada clase de médicos titulares repartida por todos los ámbitos de la nación, clase heroica y sufrida, que arrostra las penalidades sin cuento de la trabajosa vida del partido, atraviesa, todavía, por una situación insostenible. Cierto es que en el Senado español han hecho brillantemente su apología voces tan elocuentes como las de los Sres. Maura y Pulido, que han reconocido y proclamado sus condiciones de abnegación, de sacrificio, de subordinación y de paciencia: cierto es que al Sr. Maura y al Dr. Cortezo, autores de la Instrucción general de Sanidad vigente deben los titulares una organización sabia que podrá, andando el tiempo, dignificarlos y redimirlos; cierto es que sus desdichas han conseguido mover en estos últimos años el ánimo de legisladores y de políticos eminentes, como los Sres. Canalejas, Dato, Conde de Romanones y Ruiz Jimenez, que se han declarado abogados defensores de su justa causa; pero no es menos cierto, que en punto á remuneración material de sus servicios, siguen ateniéndose á la denigrante igualdad, que ellos no han querido suprimir por generosidad de corazón teniendo en cuenta el malestar económico de sus partidos; resultando de esto que se encuentran á la misma altura que se encontraban hace cuarenta años ó algo peor todavía, por el exceso de concurrencia; que sus luchas legendarias con el caciquismo político siguen siendo igualmente encarnizadas; que los municipios continúan debiéndoles muchos millones de pesetas; que la decretada estabilidad dista mucho de ser un hecho todavía; que aún no se han saboreado las ventajas de la nueva legislación sanitaria en cuanto á inamovilidad y remuneración se refiere, tocando en cambio los inconvenientes del mayor trabajo que les proporciona su doble carácter médico sanita-

rio, de Inspector-médico titular, Inspector por el Estado, médico por el Municipio; sin contar con sus funciones permanentes arriesgadas y gratuitas de Auxiliar de la Administración de Justicia, resultando, en definitiva, que esta benemérita clase compuesta de diez mil individuos necesita y debe ser atendida en sus legítimas y justificadas aspiraciones, teniendo en cuenta el humanitario é interesante papel que en la sociedad desempeña.

El ejercicio ilegal de la profesión.

Forzoso es que tratemos, aunque sea ligeramente, de los perjuicios de crédito y de dinero que irroga á nuestra profesión el charlatanismo médico, plaga social tan antigua como el hombre, pero que, lejos de envejecer, se encuentra cada día más pujante y descocada, sin que consigan aniquilarla ni el progreso indiscutible de los tiempos, ni los anatemas de la religión, ni las sentencias de los Tribunales de justicia.

El charlatanismo resulta tan indestructible para la Medicina como lo es el pauperismo para la sociedad: una y otra plaga son imposibles de aniquilar por más esfuerzos que se dediquen á su extinción.

Desde las tablas votivas de los Asclepiades en las que se consignaban, tres siglos antes de la Era cristiana, los remedios aconsejados por los fieles que acudían á los templos á ofrecer sus sacrificios á los dioses, á los pobres enfermos que esperaban ansiosamente su salida, exhibiendo sus llagas y deformidades, la humanidad no ha dejado de ejercer prácticamente la Medicina, sin sentir para nada la necesidad de un título profesional.

Todo el mundo efectivamente se permite ejercer la Medicina y prodigar remedios y recetas para las humanas dolencias aunque nadie se los reclame. La exactitud de la contestación dada á Enrique III por su bufón Chicot de que la profesión más esparcida en su reino era la de médico, puede confirmarse plenamente acudiendo al procedimiento seguido por aquel sagaz histrión, que, simulando un dolor de muelas, consiguió que cada uno de los señores y damas de la corte le indicaran un remedio infalible para su fingido sufrimiento. El propio resultado obtuvo un famoso truhán,

que por idéntico procedimiento ganó una apuesta á Nicolao, Marqués de Ferrara.

De estas aficiones instintivas á la Medicina, que, aun no reclamando estipendio, hay que considerar siempre perjudiciales, ha tomado origen el procaz charlatanismo de los tiempos presentes que no repara en medios, por ilícitos que sean, para explotar, bajo innumerables y variadísimas formas, á la estulticia humana.

Oigamos al Dr. Maxwell, abogado fiscal de la Audiencia de Burdeos y médico distinguido, que no ejerce la profesión, pero que ha sacado notables enseñanzas en estos asuntos con su larga práctica de los Tribunales, lo que dice en el prólogo de un libro recientísimo del Dr. Saint-Aurens sobre «Los charlatanes de la Medicina».

El intrusismo
en Francia.

«Es necesario—dice—poner término al atrevimiento creciente de los charlatanes. Todas estas gentes sin escrúpulo que curan el cáncer, la diabetes ó la tuberculosis; todos estos especialistas, sin título, creadores, los unos, de bragueros ideales, que reducen y curan por sí solos las hernias; sonámbulas extralúcidas, otras, que quitan el *mal de ojo*; todos esos doctores exóticos que distribuyen cinturones eléctricos, igualmente útiles, en el varicocele, la impotencia, la neurastenia, la anorexia, la apoplejía, la vejez; todos ellos son estafadores peligrosos, más peligrosos todavía que los estafadores ordinarios, porque éstos nos piden solamente la bolsa y aquéllos nos exigen la bolsa y la vida».

Tras esta sensata y enérgica llamada al sentido común, ausente, por lo general, cuando se trata de asuntos relacionados con las dolencias ó con las aprensiones ó debilidades humanas, el doctor Maxwell, cita en su prólogo multitud de ejemplos judiciales en demostración de las estafas, de los daños y hasta de los crímenes de homicidio en cuya sustanciación ha necesitado intervenir por sus funciones de Fiscal, con motivo de inconcebibles sugerencias realizadas por los estafadores de la salud sobre espíritus apocados, timoratos y fascinables.

Las deducciones formuladas por nuestro colega de Burdeos son bien poco tranquilizadoras, pues no solamente resulta que la ma-

yor parte de los casos de charlatanismo ó de ejercicio ilegal de la Medicina en que intervinieron los Tribunales van seguidos de absolución, sino que se demuestra palmariamente que nuestra profesión pierde mucho su prestigio con tales procesos, toda vez que sobre no querellarse casi nunca los damnificados clientes de estos corsarios de la Medicina, no hay tampoco testigos que se presten á deponer contra los malhechores de nuestra Ciencia, y los pocos que acuden, son cómplices que declaran, previo juramento, que habiendo sido abandonados por sus médicos habian recobrado la salud gracias á los cuidados del hipnotizador X ó de la sonámbula de nacimiento Z, con lo cual resulta que la persecución judicial es un reclamo de gran efecto para los charlatanes encausados.

Y menos mal, si solamente se trata de adivinadores y de sonámbulas, pues desgraciadamente parece frecuente en Francia el hecho de que estos charlatanes estén amparados por el titulo de un doctor en Medicina, auténtico, el cual firma, aunque sea ilegiblemente, las prescripciones estrambóticas de aquellos especuladores. De ahí, que en estas cuestiones de charlatanismo, de intrusismo y de ejercicio ilegal de la Medicina, no puede establecerse una verdadera distinción, pues en la mayor parte de los casos, ó existe un médico responsable, ó cuando menos los anuncios, folletos y reclamos están redactados por persona que ha frecuentado las cátedras de la Facultad, pues no de otra manera se explican las apariencias científicas con que se disfrazan, no sólo seductores anuncios, sino hasta Revistas, periódicos y libros que sirven de cebo á la credulidad humana.

El curioso é interesante libro de Saint-Aurens, con prólogo del Dr. Maxwell, es el trabajo más documentado y más completo que hasta la fecha se conoce respecto á la vergonzosa cuestión del charlatanismo en Medicina, conteniendo en sus páginas tales refinamientos y tan singulares argucias, empleadas en Francia para la recluta de clientes incautos, que, á la verdad, consideraríamos peligrosa su vulgarización en España donde no se ha llegado, ni quiera Dios que se llegue á los arteros procedimientos que se utilizan en París y en las grandes capitales francesas con

objeto tan inmoral y censurable. El autor hace constar que todos los documentos que publica tienen autenticidad indudable; que los extravagantes reclamos, que fielmente copia, han sido extraídos, de intento, de los periódicos más diversos y de todas las opiniones, desde la simple hoja local que cuenta con pocos lectores hasta los grandes diarios parisienses que tiran trescientos mil números, con lo cual trata de demostrar que la Francia entera está invadida por el vergonzoso comercio del charlatanismo y que los cantos de sirena de los contrabandistas de la Medicina llegan hasta la más insignificante villa y hasta las más bajas clases sociales, produciéndose con esta publicidad de descocadas mentiras, daños incalculables, pues si bien es cierto que las gentes de buen sentido saben discernir lo verdadero de lo falso, no hay que olvidar que el sentido común abunda poco y que existen todavía innumerables rebaños de carneros de Panurgo para los cuales es artículo de fe todo lo que está escrito en letras de molde.

Saint-Aurens propone al final de su obra la reunión de un gran Congreso internacional exclusivamente dedicado á la represión del ejercicio ilegal de la Medicina.

Entre los datos interesantes y notables del libro á que venimos refiriéndonos nos ha producido gran sorpresa el referente á la existencia, en pleno París, de una *Universidad magnética* fundada en 1893 é inscripta oficialmente en la propia Universidad de Francia, Academia de París, en 1895, como *Establecimiento Superior de enseñanza libre*, no obstante el informe contrario y unánime emitido por la Facultad de Medicina á requerimiento del Ministerio de Instrucción pública. Aunque la legalidad de este Centro no es más que aparente, por apoyarse en una clasificación de Establecimiento Superior de enseñanza libre, que no le corresponde, ello es lo cierto, que tiene ya establecidas *Facultades magnéticas* secundarias en Lyon y en Burdeos, cuyas Facultades lo mismo que la de la Universidad magnética de París expiden á sus discípulos, á los ocho meses de estudios, hechos con programas inverosímiles, un título de Amasador ó de Hipnotizador práctico á cuya sombra pueden realizar estos improvisados profesores todo linaje de perniciosos

intrusismos en el campo de la Medicina, con cierto carácter oficial.

Que esto suceda en París es verdaderamente inaudito.

El intrusismo
en Alemania.

No ha sido menor nuestro asombro al enterarnos hace pocos días por una crónica de Berlín publicada en un diario de Madrid, de gran circulación, que en la capital alemana, que pretende, no sin justicia, figurar al frente de la civilización europea, ocurran hechos como los que en el expresado documento se delatan: «Parece mentira — dice el cronista — que en el país donde más desarrollada está la instrucción popular, ocupando el primer puesto en las estadísticas europeas; donde han reinado genios universales como los de Goethe, Humboldt, Momsen y Kannt; en el país de la Ciencia y de la Filosofía, pueda tener tal influjo la charlatanería de los llamados hipnotizadores, magnetizadores, milagrosos, etcétera; á tal punto, que el mismo Emperador, en vista del incremento que tomaba la superstición en todas las clases de esta sociedad, tuvo que intervenir, dictando severísimas medidas, particularmente contra una secta, los Christian Scient venidos de los Estados Unidos y que con rapidez sorprendente se habían extendido por toda Alemania. Aseguraban sus adeptos que por la fuerza de la oración curaban de cerca ó de lejos cualesquiera enfermedad, aun las más reputadas de incurables».

Y por si esto no fuera bastante, refiere la misma crónica una anécdota referente al reciente proceso de un curandero perseguido judicialmente por haber firmado recetas sin poseer el título de médico. Todos los esfuerzos de su abogado para conseguir la absolución parecían ya inútiles cuando el curandero, viéndose perdido, solicitó del Tribunal sesión secreta para hacer una declaración muy importante á su defensa. El Presidente mandó evacuar la sala de audiencias y entonces el curandero sacando un diploma del bolsillo dijo al Tribunal: «He aquí mi título de médico, con todos los requisitos de la ley; pero, por Dios, que no se sepa, porque me quedo sin clientela».

El intrusismo
en Austria-
Hungria.

En el ya citado Congreso de Medicina profesional y de Deontología médica celebrado en París en 1900, salieron á la superficie censurables tachas profesionales de todos los países, y por lo que

á Austria se refirió, se dió cuenta de los acuerdos tomados por la Cámara médica de Viena para evitar la perniciosa costumbre de los anuncios periodísticos de cuarta plana, prospectos callejeros, reparto de tarjetas en los establecimientos frecuentados por trasnochadores y otros abusos de la notoriedad. Dicha Cámara médica, la más importante del país, ha declarado como actos atentatorios á la dignidad profesional, los siguientes:

1.º Todo anuncio que se publique en la prensa política, excepción hecha de los casos de nueva instalación, cambios de domicilio ó ausencia prolongada, siendo condición precisa en estos casos que los avisos indiquen solamente el apellido del doctor, sus títulos profesionales efectivos, especialidad que cultiva, señas de su domicilio y horas de su consulta. 2.º Toda recomendación ó anuncio de un remedio ó de un procedimiento curativo que esté en oposición con los métodos acostumbrados y corrientes y los que se inserten so pretexto de vulgarización científica en las cubiertas ó en el texto de folletos ó de conferencias populares. 3.º La publicación de cartas de gracias espontáneas ó solicitadas que dirijan los clientes á los médicos con motivo del buen éxito de un tratamiento. 4.º Las gratificaciones á las comadronas, mozos de hoteles y demás personas dedicadas interesadamente á servir de intermediarios para la recluta y enganche de clientes. 5.º La colocación de carteles y planchas de reclamo dedicadas á llamar de una manera ostensible la atención del público; y 6.º Todo anuncio exagerado de un Establecimiento ó Instituto médico.

Estos sensatos acuerdos revelan, entre líneas, que no rige tampoco la moral más pura en los asuntos médicos del Imperio Austro-húngaro; y con lo referido basta, sin necesidad de extender nuestras averiguaciones á otros países, para confirmar nuestra creencia de que el charlatanismo es planta vivaz que se desarrolla frondosamente en todos los medios sociales, aun en los más cultos.

No es extraño, por tanto, que en nuestra pobre España se cosechen también sus frutos y que, en pequeño, tengamos aquí apóstoles, pitonisas, abortadores, vendajistas, saludadoras, cu-

El intrusismo
en España.

randeros y demás variedades zoológicas de la hampa médica. Tenemos efectivamente algo de todo lo malo que hemos denunciado respecto á otros países, pero afortunadamente carece de organización y de atmósfera, no obstante lo cual produce innegables perjuicios á la Medicina verdadera.

Aquí, como sucede en todas partes, al tratarse de asuntos de Medicina, el vulgo, aun el vulgo ilustrado, se inclina por instinto como en pasadas épocas, á lo místico, á lo maravilloso, á lo cabalístico, á lo misterioso, á lo desconocido. Por eso contrasta con las injustificadas prevenciones y calumnias que á diario se inventan contra los medicamentos más eficaces y comprobados, la facilidad con que muchos clientes aceptan las ignoradas drogas, frecuentemente peligrosas, que constituyen la trama de multitud de específicos anunciados en la cuarta plana de los periódicos y en cuya pomposa descripción, de apariencia más ó menos científica, creen encontrar los aprensivos una fotografía exacta de todos sus achaques y molestias. Por eso tienen aquí también éxito extraordinario otra multitud de remedios, igualmente secretos, que preparados y regalados, de buena fe, por aristocráticas damas ó por Corporaciones respetables que creen poseer con el piadoso medicamento una infalible panacea para las dolencias más variadas, producen, no obstante, positivos daños, no tanto por la composición de la pomada, del elixir ó de la droga, cuanto porque, mientras se aplican estos recursos inconsciente y arbitrariamente, se descuidan, tal vez, síntomas importantes que precisan una intervención inmediata, consciente y activa.

Si á la inutilidad del remedio se agrega la carestía del precio, cosa que también ocurre con ciertos antidiabéticos, antirreumáticos y otras panaceas anticristianas, que, faltando á la caridad debida á todo enfermo, se elaboran en Institutos que solamente debieran estar dedicados al recogimiento y á la enseñanza y se expenden después en determinadas farmacias; en estos casos que desgraciadamente existen, con mengua de nuestra profesión, los comentarios tienen que ser más duros, pues tales pretendidos remedios, sobre éstar ilegalmente fabricados, son malos y caros.

Lejos de considerar á nuestro país inmune contra el contagio del procaz charlatanismo que corroe á la Francia médica, estamos, por el contrario, como se ve, predispuestos á recibir y á cultivar el virus que se nos importe. Por eso interesa mucho que nos pre-
vengamos á la defensa, aún posible, y que fortifiquemos el elemento sano, siempre preponderante entre nosotros, para aislar los puntos gangrenados del cuerpo médico-farmacéutico español.

Cabalmente tiene España justa fama de conservar vivo entre sus médicos el espíritu hipocrático, cuyos fundamentales rasgos son la *sensatez* en el pensar, la *decencia* en el proceder y la *persistencia* en conservar este espíritu, oculto ó manifiesto, á través de los siglos y de las mudanzas de los tiempos.

El espíritu
médico espa-
ñol.

Letamendi, el Hipócrates español á cuya autoridad de maestro eximio de muchas generaciones médicas, tenemos forzosamente que recurrir cuando se trata de asuntos relacionados con la ética profesional, afirma, por propia experiencia, y con orgullo patrio, que en España abunda la raza de estos médicos sensatos, haciendo radicar tal abundancia en nuestro especial carácter, que infunde á cada español un tanto de los nobles desprendimientos de D. Quijote y otro tanto del sensato aplomo de Sancho; y en verdad que quien á esas dos morales hechuras de Cervantes se asemeja, encuéntrasele todo fácil para ser un perfecto médico hipocrático. En confirmación de esta doctrina afirma, que si España no es la nación que ha producido más médicos inventores, es, sin duda alguna, el país que los ha dado más humanos en su conducta y más capaces de sanar enfermos con medicaciones sencillas y de evitar, con caritativa perseverancia, operaciones quirúrgicas innecesarias.

Estos médicos celebrados por el Dr. Letamendi no sólo existen en las grandes poblaciones, sino que abundan en las aldeas, viviendo y muriendo ignorados de las gentes, pero sintiéndose satisfechos con su modesta obscuridad y con la paz de su conciencia. A ellos, y singularmente á los heroicos médicos rurales, está dedicada esta sentida descripción:

«De toda catadura física, de todo temperamento moral, los

encontré á esos legítimos nietos de Hipócrates, mas todos los contemplé identificados en una fisonomía clinica común: carácter independiente; actividad inagotable ante lo rudo é incesante de la tarea; resignación heroica bajo las inclemencias del tiempo y las ingraticudes de los hombres; sed inextinguible de saber; gran precaución en no errar; sentido práctico nativo exquisitamente cultivado; profunda veneración á las lumbreras del arte, pero inalterable serenidad de juicio frente á las novedades con que tales lumbreras suelen deslumbrarnos; un fondo inagotable de probidad y una fuerza inquebrantable de prestigio; he aquí los rasgos genéricos de ese ignorado práctico que entre bosques y barrancos pasa la vida, caballero en su mulo desde el romper el alba al canto del gallo, y que todavía, quizás, al fin de la jornada, rendido, mal pagado y ebrio de sueño, borronea en su despacho las notas clínicas ó las impresiones de estudio más culminantes del día.»

Este es, en efecto, magistralmente descrito, el tipo corriente del médico español, y mal se avienen con cualidades de seriedad tan relevantes las torpes sugerencias de la charlatanería y del engaño que pretenden ingerirse en nuestras patriarcales costumbres.

Con médicos de esta compleción moral no existe más camino que el de la rectitud y la decencia; pero ¡ay! que si el pasado y el presente suelen ser prenda de garantía para el porvenir, no siempre, en cuestiones de conducta, guardan relación las consecuencias con las premisas.

Nuestros herederos.

Dejémonos de eufemismos y hablemos claramente: la generación médica que ha de heredarnos no lleva trazas de continuar nuestra obra: frívola y versátil, exhausta de ideales, refractaria al entusiasmo y rendida á desalientos, tiene indudable aversión á todo lo que signifique trabajo, esfuerzo y perseverancia, sin cuyas cualidades nada es posible alcanzar en una profesión tan espionosa y difícil como la Medicina.

Para formular apreciaciones tan categóricas no hemos de negar que influyen tristemente en nuestro ánimo las críticas cir-

cunstancias por que atraviesa actualmente nuestro régimen universitario, que se encuentra en una situación insostenible de la que no se ve la solución por lo mismo que no se conocen concretamente las causas, los móviles y las aspiraciones que hayan servido de fundamento para crear este vergonzoso estado de cosas, que tendrá su término, como lo tienen todas las agitaciones humanas, pero que dejará siempre en los espíritus equilibrados que se preocupan del porvenir de la patria el amargo desencanto que inevitablemente ha de acompañar al temor de perder uno de los más hermosos ideales de la humanidad: el ideal de la fe en la juventud, de esa juventud que es nuestra esperanza, llamada á servir de puente para que el pasado y el presente entren con dignidad y con gloria en el dudoso porvenir de nuestros destinos.

Antes, mucho antes de los presentes sucesos, habíamos sostenido en diversas publicaciones y hasta en informes oficiales dirigiéndolos al Ministerio de Instrucción pública, que todos los esfuerzos que se hicieran para mejorar la enseñanza, lo mismo en la elección y dotación de personal docente que en la adquisición de material y de medios de enseñar, resultarían estériles si los educandos carecen de vocación, de actividad, de energía, de voluntad, en una palabra, para la difícil conquista de la Ciencia y del bien. De los tres factores que integran todo problema pedagógico, maestros, discípulos y material docente, el más interesante, sin duda alguna, es el alumno, pues si éste no quiere, no sabe ó no puede aprovechar el tiempo, poco importa que los maestros sean completos y que los medios de enseñar abunden: para el que nada quiere todo esto sobra.

Hace pocos años y con motivo de un suceso fausto para la Monarquía llegó á pedirse por millares de estudiantes de todos los distritos universitarios la aprobación del curso por Real orden, prescindiendo, claro está, de toda prueba de suficiencia; pero entonces siquiera habían asistido á sus clases casi todo el curso: ahora se pretende ganar el año sin estudiar, sin asistir á las aulas y con evidente menoscabo del prestigio de los maestros.

Claro está que no son solamente los escolares médicos sino

todos los escolares universitarios unidos los que han provocado este conflicto; y digamos también en honor á la verdad que esta agitación estudiantil es un síntoma de nuestro malestar social al cual no se sustraen siquiera las instituciones más prestigiosas de la patria; España atraviesa por un período histórico, que es de esperar sea poco duradero, en el cual, el desbordamiento pasional rige nuestros destinos; pero si esto puede servir de circunstancia atenuante para la responsabilidad, no aminora, antes bien aumenta, la natural pena que las desdichas nacionales han de producir en el ánimo de los buenos españoles.

Estos síntomas desconsoladores, unidos á otros muchos del cuadro de patología psicológica que venimos trazando, sirven de argumento poderoso á los diversos pensadores que, en libros y periódicos, ponen crudamente en tela de juicio si existe ó no juventud en nuestro país á la vez que robustecen las ideas pesimistas de los que sostienen que, á seguir por los actuales derroteros la educación nacional, lejos de europeizarnos, como ahora se dice, iremos aproximándonos poco á poco á la incultura kabilesca. Dios no lo permita.

Los culpables.

A fuer de justos debemos consignar también que, en las negruras de este cuadro realista, no es toda la culpa de la juventud escolar, que es á su vez víctima de una serie lamentabilísima de errores: errores del Estado que absorbiendo y monopolizando la enseñanza para organizarla y dirigirla como mera función intelectual, y lo que es peor aún, para explotarla, como fuente de ingreso del Tesoro público, ni cuida de su carácter educativo, ni de sus condiciones higiénicas, ni provee á los centros docentes, cual es su obligación, de los medios de enseñar indispensables, como Clínicas y Laboratorios; dando lugar con este abandono al hecho significativo y elocuente de que algunos profesores de Medicina hayan renunciado sus cátedras por no facilitarles el Estado los elementos pedagógicos que les hacen falta para cumplir sus deberes de maestros con el decoro y la eficacia que exige función de tal transcendencia: errores de las familias que, dando á la función de las escuelas y de los maestros un alcance que no tienen,

encuentran cómodo y descansado declinar en ellos su inexcusable participación en la magna obra de la educación de los hijos, limitándose á mantenerlos, cuidarlos y vestirlos, como si existiesen en el mundo Escuelas, Institutos, Universidades y maestros capaces de reemplazar á los padres en la difícil obra de formar el carácter, inculcar el sentimiento religioso, educar la voluntad como base de la salud y de la dicha y de crear, en suma, hábitos de orden, de actividad, de pulcritud y de respeto á sí mismos y á los demás; errores de la desacreditada pedagogía, al uso que, empezando en la Escuela primaria por un aniquilador predominio intelectual y memorista, con olvido completo del desarrollo físico y sin participación alguna de la voluntad, siguen en el Instituto con una erudición que quiere ser enciclopédica, pero que resulta superficial é inútil, más memorista todavía que la de la Escuela, y perduran en la Universidad agravados por un régimen sermonista y frío y por una atmósfera de rigidez académica que distancia y aísla en absoluto á maestros y discípulos haciendo imposibles el trato familiar, la tutela cariñosa y la enseñanza mutua de que podría sacarse tan hermoso partido para formar hombres completos, sociables, equilibrados, justos, decididos y tolerantes.

A esto llegaremos andando el tiempo á fuerza de escarmientos, de caídas y de desengaños; pero entre tanto hemos de sufrir las consecuencias de los hechos consumados, y entre éstos figura, á más de los dichos, la falta de consideración que ya se nota por parte del elemento médico joven contra el elemento de antiguo establecido y acreditado.

Jóvenes y
viejos.

Cierto es que nuestra profesión, por su índole especial, es la única en que está permitido que desde el mismo día en que se adquiere el título de médico, entre el individuo que le posee, sin limitaciones de edad, ni reparos de categoría, en el pleno goce de sus derechos profesionales, pudiendo, ipso-facto y previa adquisición de una patente, visitar, operar, discutir, impugnar, inventar y hasta destruir con arreglo siempre á sus convicciones y creencias; pero por lo mismo que la igualdad y la libertad existen desde el primer momento, colocando, repentinamente, en un mis-

mo nivel á maestros y discípulos, deben los jóvenes no proponerse lograr á expensas de sus colegas un éxito fácil é inmediato, sin reparar en los medios que á él conduzcan, procurando por el contrario guardar al compañero las más atentas consideraciones y, no viendo en él un enemigo, sino más bien un émulo, un guía, un ejemplo, cuya conducta debe imitar, si aspira á conquistar la honorabilidad y la reputación que el compañero ya disfruta. No hay que olvidar tampoco que á cambio de las facilidades dichas, ninguna profesión necesita más que la nuestra del concurso del tiempo para consolidar verdadera fama, puesto que las reputaciones usurpadas, por procedimientos poco escrupulosos, caen con igual rapidez y con mayor estrépito que los que presidieron á su ilegítimo nacimiento.

Se debe, sí, luchar por la vida y por la posición; pero hay que hacerlo con armas corteses y sin ver en nuestro camino más enemigos que las variadísimas enfermedades cuyo aniquilamiento nos está encomendado.

La Historia
conculcada.

El desconocimiento de estos elementales preceptos de la moral médica induce á la juventud inquieta y ávida de fáciles encumbramientos á condenar, por supuesta inutilidad, prácticas y doctrinas seculares, declarando ignorantes, con notoria injusticia, á los grandes maestros de la antigüedad, á los sublimes patriarcas del arte. Y no sólo reniega de sus obras, que apenas conoce de nombre y cuya esencia no le es dado todavía comprender, por falta de práctica, sino que siguiendo una corriente perniciosa, mal desviada de las doctrinas antropológicas de la escuela italiana, en materia criminal, quiere encasillar á estos grandes genios de pasadas centurias entre los locos ó los degenerados; existiendo todavía una secta más radical que simplifica arbitrariamente la Historia negando vida real á los héroes, á los descubridores y á los sabios, considerándolos, simplemente, como símbolos en los que encarna una época determinada; personajes imaginarios, como Don Quijote de la Mancha, pero que á juicio de estos flamantes innovadores no existieron jamás en el mundo. Así se niega al Cid Campeador y á otros héroes de carne y hueso y se consideran

también tipos de leyenda, que nunca tuvieron terrenal existencia, á Hipócrates, á Galeno y á otros sabios de universal renombre adquirido, á bien duro coste, por su honrosa y fecunda práctica y por sus libros inmortales.

La afirmación categórica de que Hipócrates no existió jamás y de que las obras que se le atribuyen son más bien el resumen de los conocimientos de la gloriosa época helénica de la Medicina, la hemos leído en obras de autores muy respetables y la hemos oído de labios de compañeros, por otra parte, discretos é inteligentes; conviniendo, sin embargo, unos y otros en que los libros hipocráticos son un monumento imperecedero de sabiduría en los que se encuentra el embrión de todas las ideas que hoy sirven de fundamento á la moderna Ciencia médica, conteniendo, además, desde el punto de vista de los grandes deberes profesionales, principios deontológicos inspirados en la moral más pura y que, por desdicha nuestra, no brillan hoy con igual fulgor que en tiempos de los Asclepiades.

¡Negar á Hipócrates! Quien á ello se atreva no ha leído seguramente el libro de sus inmortales Aforismos, monumento eterno que ha sobrevivido á las revoluciones de la antigua y de la moderna Ciencia y cuyas máximas tienen hoy igual oportunidad y frescura que la que tuvieron en la época en que fueron escritas, cinco siglos antes que Jesucristo; quien tal afirma, desconoce la Historia universal en la que se consignan personales hechos del sublime viejo de Coos como por ejemplo, la curación asombrosa del hijo de Filipo de Macedonia, debida á soberanas intuiciones psicológicas del padre de la Medicina; ni ha leído tampoco los indubitables testimonios que acerca de la vida de Hipócrates nos legó su contemporáneo el gran filósofo Platón, y bien puede asegurarse que ha olvidado, de fijo, las cláusulas sublimes del Juramento que la Escuela de Coos hacía prestar á los jóvenes médicos y que sirvió de pauta para la fórmula del juramento médico exigido á los graduandos de nuestras Universidades hasta el pasado siglo.

¿Cómo es posible que teniendo noticia cierta de este grandioso juramento, suma y compendio de moralidad y de pericia, apenas

El juramento
hipocrático.

concebibles en una sociedad pagana y de relativo atraso, pudiera nadie, en los tiempos presentes, desconocer la autoridad de sus maestros, faltarles al respeto debido y negarse á recibir de ellos, no sólo la enseñanza profesional, sino la advertencia desinteresada ó el consejo cariñoso ?

I. «Juro por Apolo médico, Esculapio, Higea, Panacea y demás dioses y diosas, puestos por testigos, cumplir, en todo cuanto yo pueda y sepa, este mi juramento verbal y escrito.»

II. «Consideraré ante todo á mi maestro en el arte como á mis propios padres; haré vida común con él; le daré lo que me pidiere; tendré á sus hijos varones por hermanos y les enseñaré el arte si desearan aprenderlo, instruyéndoles sin remuneración alguna inmediata ni ulterior, y transmitiré además las enseñanzas escritas y orales y todas las restantes, no sólo á mis hijos y á los de mi maestro, sino también á los alumnos matriculados y juramentados según regla médica; pero á nadie más.»

III. «Para el tratamiento me inspiraré en el bien de los enfermos, en lo que yo pueda y sepa; jamás en daño suyo ni con mala intención.»

IV. «A nadie que me pidiera mortífero veneno, se lo daré; ni aconsejaré su uso; tampoco administraré abortivo á mujer alguna.»

V. «Pura y santamente viviré y ejerceré mi arte.»

Estos y otros conceptos igualmente elevados en el orden ético consignó el gran Hipócrates en la fórmula de su juramento profesional hoy tan desconocido ú olvidado: el cristianismo con su fecunda revolución moral no ha necesitado añadir nada á tan hermoso documento sino la sustitución de las invocaciones paganas de Apolo y Esculapio por la idea de Dios, de la unidad divina.

Perennidad
de la Medicina
científica.

Semejante perseverancia de las doctrinas é ideas hipocráticas á través de veinticuatro siglos y de una revolución incesante de sistemas médicos denuncia bien á las claras que, mal que pese á los espíritus frívolos, hay en la Ciencia médica un elemento secular, fijo é inmutable, que da perennidad y eterna vida á la más

humanitaria de las profesiones, sin que sean obstáculos para su gloria las dificultades de todo género con que se lucha para su ejercicio y que atropelladamente acabamos de exponer en este discurso al que es forzoso poner término.

A la Medicina le ocurre lo propio que á nuestra religión; vive y vivirá á pesar de los escépticos que la niegan y de los profesores que claudican y hasta pudiéramos decir que las herejías y las claudicaciones médicas sirven más bien de espriación y de gloria que de espiritual perjuicio. El origen sobrenatural y divino de la religión se demuestra elocuentemente con la perseverancia de la fe á pesar de las licencias del clero y del trabajo constante de la heterodoxia: la iglesia sostiene la conveniencia de que existan herejes y hasta pedía en tiempos persecuciones. Igual le ocurre á la Medicina: para que sus progresos y ventajas brillen con más fuerza, necesita los embates de la duda, de la controversia y hasta de la negación de sus beneficios.

No hay que arredrarse, pues. La Medicina, Ciencia sublime y Arte maravilloso santifica á quien bien la ejerce y perdura vive y vivirá á despecho de los siglos que todo lo gastan y de las fatales exageraciones humanas que todo lo destruyen, siendo hoy más sabia, útil y caritativa que en pretéritas edades. Al lado de los amargos sinsabores que esta profesión acarrea, existen también inefables y recónditos goces, nacidos de la interior satisfacción que resulta de prodigar el consuelo, de suavizar los dolores humanos y de practicar silenciosas obras de caridad, sin otro galardón ni estímulo que el de la tranquilidad de la propia conciencia.

¡Adelante!

A pesar de nuestras luchas intestinas y de nuestros frecuentes errores la Medicina subsistirá y cumplirá, andando el tiempo, todas sus promesas, muchas de las cuales brillan ya, como hechos axiomáticos, en el campo científico. Su decoroso ejercicio exige la consagración de la vida entera, sin intermitencias, sin descansos y sin desmayos, á una labor penosa, abnegada, llena de sacrificios, preñada de peligros de todo género, en la que, para trabajar con más fe y evitar dolorosas decepciones, debe descontarse previamente el agradecimiento del servicio: la recompensa

del médico no guarda nunca relación con el bien que se prodiga ni con la energía que se gasta.....

Esto no obstante; si desandando el penoso camino recorrido, entre cuyos abrojos, he dejado tanta salud, tantas ilusiones y tantas esperanzas, volviera á encontrarme, cual otro Fausto, en la juventud florida y fuese consultado nuevamente para elegir carrera, sin vacilar contestaría: médico, médico otra vez.

Mi amor á la Medicina, nacido de vocación honrada, está forjado, como todo amor verdadero, á prueba de inconsecuencias, de desengaños y de ingratitudes: es para mí una tradición de familia; le heredé de mi padre.

HE DICHO.



DISCURSO

DEL EXCMO. É LLMO. SR. DOCTOR

DON CARLOS M.^A CORTEZO Y PRIETO

Académico numerario,

EN CONTESTACIÓN AL ANTERIOR

DISCOURSE

ON THE NATURE AND EXTENT OF THE

RIGHTS OF MAN

BY JOHN LOCKE



SEÑORES ACADÉMICOS:

Siempre que, obedeciendo á vuestra designación honrosa, llego á este sitio á dar la bienvenida á un compañero llamado á compartir nuestras tareas, experimento una dulce sensación de tranquilidad, juntamente con un sincero regocijo, que atenúan los temores fundados en mi incapacidad para el desempeño de la misión encomendada. Siempre creo que es el candidato á quien contesto, no ya digno, sino de los más dignos de figurar en esta docta y amada Corporación, y siempre acaricio la idea de que la sinceridad y efusión de mis sentimientos han de hacer que escuchéis con benevolencia mi saludo.

Si esto me ha acontecido en ocasiones ya repetidas, no puede maravillaros el que ahora me ocurra al ser el compañero que desde hoy se sentará entre nosotros, el Sr. D. Eloy Bejarano y Sánchez. Le habéis abierto estas puertas á su primera y tímida solicitud; y lo habéis hecho porque conocíais sus méritos literarios, su labor científica perseverante y eximia, su conducta profesional relevante é intachable, su laboriosidad inverosímil, en una palabra, lo que pudiera llamarse su ejecutoria científica y profesional. La labor mía, no ya por ser vuestra capacidad superior á mi capacidad personal para desempeñarla, sino por los méritos del recipiendario, sería tarea fácil y agradable para cualquiera de vosotros; y de la exactitud de esto viene á resultar, que la mía es y debía ser, amén de incompleta, supérflua. Todo lo que he de decir de Bejarano os lo ha dicho ya el conocimiento de su historia

científica y profesional, y os lo ha recordado, en hermosa síntesis, el discurso cuya lectura acabáis de escuchar.

No esperéis, pues, que yo incurra en la penosa superfluidad de recordaros el expediente científico de nuestro nuevo compañero, ni que, glosando las hermosas conclusiones de su discurso, recorra con él los variables asuntos con tanta brillantez por él tratados. Voy á permitirme presentaros al nuevo académico en un aspecto que es en el que yo más le estimo, con tenerle por maestro en ciencia y por modelo en el ejercicio profesional. Es este aspecto el de su personalidad social y afectiva. Es decir, que dejándoos que le comentéis como hombre de ciencia y le estiméis como colega profesional, yo os voy á decir algunas, muy pocas palabras, acerca de Bejarano como hombre de corazón.

Bien se me alcanza que también en esto es inútil mi empeño; pues si por acaso, alguien como tal no le conociese, su discurso de hoy revela tan á las claras la nota saliente de su simpática personalidad psíquica y afectiva, que por encima de las condiciones del erudito, del crítico y del moralista, surge atractiva la figura del hombre bondadoso, del optimista sentimental, del corazón afectuoso abierto á todas las esperanzas y rechazando todos los pesimismoes y acritudes, no por ciego desconocimiento ni por perspicacia deficiente, sino por una repugnancia natural que pudiera sin exageración llamarse de *afinidad negativa* con lo imperfecto, con lo incorrecto y con lo censurable.

Muchos años hace que conocí á Bejarano: le traía por entonces á Madrid un anhelo tan noble y desinteresado como difícil; el de instalar una gran institución docente de primera y segunda enseñanza. Coincidió aquel conocimiento con mis indecisiones de elección acerca del maestro que había de dar á mis dos primeros hijos.

¿Qué vi yo en Bejarano, en los diez minutos que duró nuestra primera y casual entrevista callejera, para que desapareciesen, desde luego, mis dudas y escrúpulos y le confiara al día siguiente la dirección educativa de mis hijos? Yo no lo sé. Como no sé tampoco con qué podría yo pagar aquel celo infatigable, aquella dis-

creción exquisita, aquel desinterés efusivo con que él durante algunos años se dedicó á cultivar la inteligencia y á educar el corazón de los jóvenes que con mis hijos compartieron sus desvelos.

Ese fervoroso entusiasmo que condensa en las últimas frases de su discurso diciendo que «si como Fausto volviese á la juventud y le pusieran en el caso de elección de empleo á sus aptitudes brillantes diría médico, médico otra vez»; esa vocación resuelta hizo que el pedagogo quedase de un modo momentáneo oscurecido por el médico, y los rápidos triunfos obtenidos en esta nueva aplicación de sus brillantes facultades privaron á sus discípulos de su insustituible enseñanza, de la que, aún no ha mucho tiempo, escuchaba yo á alguno de ellos recordar tiernos episodios, que con gusto referiría si no me lo vedara el temor de ser tachado de adulador inoportuno.

Transcurrieron muchos años; mis relaciones de amistad con nuestro nuevo compañero pasaron por ese estado de insignificante y vulgar neutralidad que es tan frecuente entre los que ejercemos una profesión absorbente y fatigosa en una gran capital: coincidencias de servicios profesionales, trato social poco frecuente, de tarde en tarde, un escrito, un discurso, un acto público que renueva el afecto y agranda el concepto, y como fondo de todo esto largos periodos de alejamiento y casi de olvido.

Un día leo en la prensa que Bejarano ha sido nombrado Consejero de Instrucción pública y Comisario regio del Colegio Nacional de Sordomudos y de Ciegos, y puedo aseguráros que quedé asombrado. ¿Por lo injustificado de la designación? No, ciertamente; el motivo de mi extrañeza consistía en ver que hubiese habido un Ministro capaz de descubrir en mi modesto amigo, en un individuo absolutamente alejado de la política militante, aunque nunca del servicio desinteresado de la patria, al hombre capaz de desempeñar, como luego él lo ha hecho, aquel difícil y delicado cargo.

¿Que cómo lo ha hecho? Preguntadlo al Profesorado de aquel Centro, á los infelices acogidos, á sus familias, á los filántropos

que por ellos se interesan; ellos os hablarán de su celo, de su asiduidad incansable, de su cultura pedagógica, reconocida por los más exigentes especialistas y aplaudida en los Congresos internacionales; pero más que todos estos testimonios ajusta con mi propósito de hoy el que vosotros deduciréis de una anécdota que he de referiros aunque haga enrojecer á mi modesto amigo: era un día 25 de Diciembre; un cliente que había en la noche anterior necesitado de los servicios profesionales de Bejarano, vino en mi busca no sé por qué equivocada creencia de que yo podría sustituir á éste, por no haberle encontrado él en su casa á pesar de la hora de la noche y de ser ésta la que todos dedicamos al culto del hogar y de la familia. Como yo me viera al día siguiente con el buen D. Eloy en casa del tal cliente y le mostrara tímida extrañeza porque en la velada de Nochebuena no estuviese en su casa y sí en el Establecimiento oficial que en representación del Gobierno dirige, fué de ver y de oír, aunque yo no pueda reproducirla, la espontánea naturalidad con que Bejarano me dijo: «me fui á cenar con mis ciegos y con mis mudos; los pobrecitos echarían de menos á sus padres y quise que vieran que de ellos se acordaba su Comisario».

¿Queréis más?; ¿parecerá en mi sensiblería enfermiza considerar que semejante rasgo es digno de ser referido en este momento solemnísimo, ante esta Real Academia y á presencia de este público distinguido? Pues si por inverosímil censura lo pareciera lo sentiría, y no por mí, sino por la Academia que sería injustamente juzgada como incapaz de aquilatar el sentimiento de la misma manera que aquilata las dotes científicas.

Pero no es esto así, por fortuna; necesitan nuestras preocupaciones y nuestros trabajos serios, rígidos, exigentes, que, de cuando en cuando, venga á dulcificarlos la nota del sentimiento, rocío de toda labor, brisa de toda fatiga, oasis de los desengaños, ingratitudes y desalientos que constituyen el desierto profesional, penosamente cruzado, sin descubrir el soñado límite, por la caravana de obreros que esperanzados y joviales, al principio, van encontrando al fin agotadas las provisiones de ilusión y de entusiasmo

con que emprendieron el camino. ¿Qué sería de nosotros, si de vez en cuando, un ejemplo de caridad, un acto de abnegación, un aliento de esperanza dado por los que aún las conservan, no viniere á sostenernos y á animarnos hasta que caigamos muertos sobre la abrasada arena?

Yo no puedo contestar al discurso de Bejarano, y esto por dos razones: es la primera, porque su disertación constituye un trabajo personalísimo, subjetivo, una exteriorización en forma de credo de su pensamiento científico, profesional, social y artístico; y los trabajos de este género no tienen contestación posible. Su autor piensa como lo dice porque así siente la realidad exterior que interpreta y comenta; su crítica, más consistiría en juzgar al crítico, á su modo de ser y de sentir, que en emitir opinión sobre su obra. El segundo motivo por el cual yo no puedo contestar al discurso de Bejarano, es porque yo no coincido en muchos puntos con sus modos de ver, y no quiero amargarle hoy su legítima alegría con una refutación, siquiera fuese enteca y deleznable. Para opinar como Bejarano opina en materias de ciencia, de profesión y de sociología, es necesario ser tan bueno como á el le hace su tranquilo y espontáneo optimismo, y á mí los años me hacen ser cada día más pesimista y descontentadizo.

Bejarano ve en la Medicina una ciencia, es decir: una serie lógica de verdades encaminadas á la consecución de un objeto especulativo bien determinado, armónicamente incluido en el conjunto general de las investigaciones análogas que constituyen el saber humano. La enfermedad, estudiada en su esencia, en sus caracteres, en sus variedades, los medios de evitarla y de combatirla, pueden, según él, constituir un conjunto armónico con todos los caracteres que á una ciencia son exigidos.

Este concepto elevado, casi excelso, de la Medicina, tiene sin duda por principal fundamento para nuestro compañero el entusiasmo y la fascinación que en su claro entendimiento produce la santidad y alteza del objeto humanitario; le tiene en la contemplación del trabajo abnegado, perseverante y nunca interrumpido de las generaciones que durante los siglos han venido sucedién-

dose, y en la sugestión producida por los triunfos indiscutibles que registra la historia ejemplar de esta humanitaria y laudable labor.

Reconociendo que no es esta ocasión oportuna y que no es nunca de gran provecho el entrar en tal debate, yo me permito tener de la Medicina una idea, que siendo en apariencia más modesta, en nada disminuye su importancia, ni el concepto de su utilidad. La Medicina en sí no es ciencia; responde á una tendencia de satisfacción de un fin de utilidad: el de combatir el dolor y la enfermedad y prolongar y hacer más perfecta la vida. Ni en el estudio del mecanismo de producción de la anormalidad morbosa ni en la investigación de las condiciones y propiedades del agente que la combate, puede, á mi modesto entender, descubrirse una serie independiente de verdades que respondan al exacto concepto que la lógica atribuye á un cuerpo científico. La enfermedad, como modalidad ó anormalidad fisiológica, es un caso de la Biología. La propiedad curativa del agente ó del remedio, es un caso particular de la Física ó de la Química. El conocimiento de las leyes de adaptación del ser al medio, perfeccionándose para evitar la anomalía morbosa, es el objeto todo de la Higiene. De estas ciencias irá alternativamente tomando la Medicina los conocimientos, comprobando las verdades, aprovechando sus adelantos y conquistas; pero esta labor y aplicación de las verdades científicas á un fin y objeto de utilidad, es y será siempre un arte, siquiera sea el más útil, elevado y necesario de las artes.

Arte médica se llamó desde sus comienzos y siguió llamándose cuando tomaba los principales elementos de su vida de la especulación, de la teoría y casi pudiéramos decir de la verdad, si no revelada, adivinada. ¿Cómo no seguir considerándola como arte, hoy que en cada uno de los pasos de su progreso vemos la identidad innegable de sus elementos con las ciencias fundamentales por las que vive, progresa y se enaltece? ¿Cuál de los adelantos de que legítimamente puede enorgullecerse nuestro arte en el pasado siglo puede presentarse con una independencia tal y al propio tiempo con una filiación de dependencia respecto á otros ade-

tantos análogos, que no pueda ser atribuído á la Biología, á la Higiene ó á las Ciencias naturales?

El culto idolátrico, el entusiasmo legítimo, la admiración ferviente que nuestro nuevo compañero siente por el objeto preferido de sus estudios, le hace alistarse sin vacilación entre los que resuelven el problema filosófico-médico en el sentido de la calificación científica; yo creo que en nada se disminuye ni la alteza del concepto, ni la estimación de la utilidad, cediendo á las imposiciones del rigorismo lógico.

Bejarano ve en la profesión médica un sacerdocio; ¿y quién puede negarle que tal sea el ejercicio de nuestra profesión considerado en un aspecto ideal y abstracto? Dedicar la vida entera á un estudio inacabable, al conocimiento de ciencias en evolución permanente de progreso, en variación incesante de contenido y hermanar este estudio con la labor de sacrificio, de renuncia, de resignación que significa el acudir hora tras hora al remedio del dolor ajeno, al consuelo del incurable, al contacto permanente con el afligido; soportar las injusticias de la ignorancia, las humillaciones de la ingratitud, los desalientos del fracaso y hacer de todo esto la vocación de una vida, sin reposo, sin alegrías, sin proporcionada recompensa, tal es la idea abstracta, alta, sublime y santa de la Medicina como profesión.

¿Es esta su realidad? Por fortuna para la humanidad y para orgullo nuestro, muchas veces, las más de las veces, sí; y otras muchas, si no en grado tan ascético é inmaterial y santo, en la casi totalidad de ocasiones, se realiza el ideal en grado y proporción suficientes para merecer el nombre de sacerdocio.

Pero es innegable, por desgracia, no ya solamente que se dan excepciones en la realidad, sino que el número de las excepciones parece marcar una tendencia progresiva y creciente que merecería mayores severidades y censuras de las que su bondadoso natural ha sugerido al Sr. Bejarano.

Interés de todos es, tarea ingrata, pero impuesta por la conciencia y por el amor al prestigio de nuestra santa milicia, la de señalar los vicios que la amenazan y los defectos que en ella aso-

man. El ocultar los unos y callar los otros no puede hacerse sino por indiferencia ó por cobardía. Miento; también puede hacerse por bondad de corazón y esta es la disculpa de por qué Bejarano pasa sobre ellos con blandura.

¿Sería en mí cosa justificada el que tratando de remediar su omisión os presentara un cuadro en que dibujase como yo creo, que en ciertos miembros de nuestra legión sagrada asoma la tendencia á sustituir la apariencia oropelesca y la improvisación de relumbrón, al oro fino de ley de la ciencia bien aquilatada, la paciente solicitud y la modesta satisfacción de la recompensa por el afán precipitado del lucro y de la riqueza? No lo creo así. Lo que en el disertante hubiera sido justificado y natural al elegir el tema que ha tratado, en mí resultaría provocativo y estemporáneo al contestarle en vuestro nombre. Básteme con señalar el mal y despertar las conciencias á su remedio, declarando, desde luego, que si ahora le menciono no lo hago sino como medio demostrativo de lo que desde el principio de este trabajo vengo tratando de probar y es que, en la inteligencia pura y en el corazón generoso del nuevo académico, es cosa tan extraña el mal y tan inverosímil el vicio ageno, que no los menciona ni los atenúa; los ignora.

Pero no podrá mi excelente amigo negarme su conformidad en la exactitud de un hecho que la epidemiología moderna reconoce como fundamental; es este, el de que la eficacia de la acción preservativa contra las epidemias mortíferas y devastadoras está en razón directa de la prontitud del conocimiento y de la declaración de los primeros casos.

Ahora bien; la santa cohorte, la milicia sagrada del cuerpo médico, comienza á estar invadida por anormalidades patológicas de carácter moral que pudieran hacer peligrar la estimación en que su dignidad histórica es tenida.

Descubramos y declaremos con entereza esos primeros casos; la ocultación, madre de la impunidad, pudiera ser aliciente para el progreso del mal, y entonces todos seríamos responsables, los que hubiéramos pecado por debilidad, como los que obran cegados por la generosidad y el buen deseo.

¿Quién será tan ciego ó tan optimista que pueda negar la existencia de *casos* con amenazas de propagación? Existen en la esfera científica, aunque se oculten con todos los pudores de la mejor intención ó con todas las habilidades de la complicidad, esos ejemplares del charlatanismo diplomado que asaltan los puestos más honorables y pululan en el concurso, hasta ahora sano y respetable del periodismo, de la cátedra y de la tribuna. Existen en la esfera social si no se cierran los oídos á las quejas de los compañeros vejados por colegas poco escrupulosos en materias de moral médica y á los repetidos ejemplos de exacciones de honorarios excesivos ó injustificados, que tantas veces vienen á ser en el hogar visitado por la enfermedad ó por la muerte complicación de la angustia y aumento de la aflicción. Existen en muchas otras partes; pero también es justo recordar con esperanza consoladora, que así como en el cuerpo material amenazado por la infección mortífera, es la más segura de las defensas la que reside en su propio vigor y en la armonía y desarrollo de las propias energías, así el cuerpo médico sabrá, como tradicionalmente lo tiene demostrado, reaccionar contra la invasión transitoria del charlatanismo y la codicia, siguiendo incólume su camino de redención y consuelo para la humanidad confiada.

Esto ha visto claramente Bejarano, y esta confianza, sin duda, le ha hecho callar mucho de lo que por decir ha dejado, habiéndonos dicho tantísimas y tan bellas cosas.

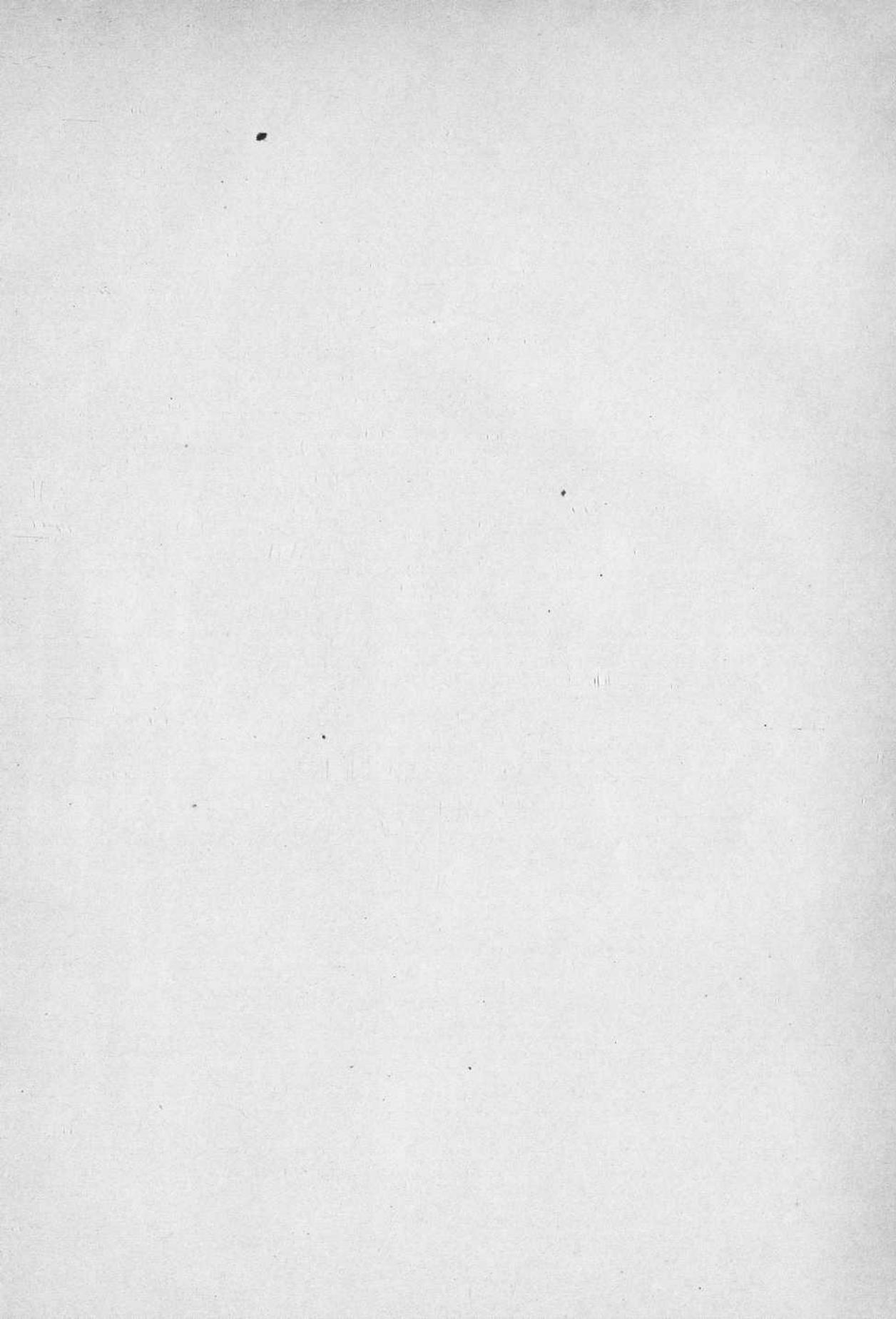
He aquí por qué os decía que yo no podría contestar á su discurso porque, para hacerlo, son necesarios una perfección y un espíritu de indulgencia que á mí no me han sido concedidos, ó por lo menos, en cantidad suficiente para resistir á la merma que siempre producen en tales condiciones del ánimo los años y la experiencia de la vida, en tanto que á nuestro nuevo compañero le han sido prodigadas á manos llenas aquellas hermosas cualidades.

HE DICHO.

The first part of the report is devoted to a general survey of the situation in the country. It is followed by a detailed analysis of the economic situation, and then a discussion of the political and social conditions. The report concludes with a series of recommendations for the government and the people.

The economic situation is described as one of stagnation and decline. The government has failed to implement effective policies to stimulate growth and reduce unemployment. The political situation is also described as one of instability and corruption. The social conditions are also described as one of poverty and inequality.

The recommendations for the government include the need to reform the political system, to improve the economic situation, and to address the social issues. The recommendations for the people include the need to support the government's efforts to reform and to work together to improve the country's future.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.....	3106	Precio de la obra.....
Estante.....	63	Precio de adquisición
Tabla.....	7	Valoración actual.....
Número de tomos..			

31

R
R

3106.

BEJE
RANO

DISCURSOS